

LA MODA.



REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.

Este periódico se publica todos los Domingos. En el número 1.º de cada mes se reparten cuatro láminas, representando,

unas, las últimas modas de París, otras, Patrones para bordados, cortes de vestidos, etc., ó bien lindos dibujos de tapice-

ría ó de Crochét. Precio de la suscripción 9 reales al mes, lo mismo en Cádiz que en los demás puntos de la península.

LA MUJER.

ESTUDIOS MORALES,

POR

LA SEÑORA DOÑA MARIA DEL PILAR SINUES DE MARCO.

SEGUNDA SERIE.

ARTÍCULO V.

Un marido débil.—Una madre enamorada de su hija.—Clemencia y Paulina.

I.

Voy á contaros una sencilla historia que hace poco me refirieron, y cuyos principales personajes conozco, pues ella os hará ver toda la hermosura y heroísmo del amor filial, mucho mejor que todo cuanto yo pudiera deciros.

Yo alcanzaria solo á repetiros lo que ya sabreis, porque mil veces lo habreis leído y os lo habrán recomendado aquellas personas encargadas de vuestra educacion.

Los sentimientos mas naturales son los que mas necesitan verse retratados con ejemplos vivos; y es que á fuerza de oírlos enaltecer se debilita en nosotros la impresion de su belleza.

Hace algunos años que vivian en Madrid el coronel C.... con su esposa y sus dos hijas: la mayor de las jóvenes contaba veinte y cinco años, y en cuanto á hermosura no tenia mucho que agradecer á la naturaleza: era de estatura mediana, delgada y pálida: sus facciones, delicadas y distinguidas, carecian sin embargo, de regularidad: sus ojos de límpido azul, eran grandes, como si Dios hubiera querido mostrar en ellos toda la pureza y hermosura de su alma é iluminaban dulcemente su rostro blanco y oval, coronado por una abundosa cabellera castaña: su talle, flexible como una palma, tenia una soltura y una gracia tan

FEBRERO.

natural como admirable; no obstante ser este encanto muy comun en las mujeres delgadas.

En suma, Clemencia, que este era su nombre, no llamaba la atencion á primera vista; á poco que se la tratase despertaba una viva simpatía, y mas tarde no era difícil que esta simpatía se trocase en una de esas pasiones eternas y voraces que solo se acaban con la vida.

Y á pesar de esto, Clemencia habia ya cumplido veinte y cinco años, como mas arriba he dicho, y aun permanecía soltera.

¿Qué enigma era este? Solo Dios y ella podian descifrarle.

La otra hija de los señores C.... entraba apenas en su cuarto lustro y era bella como el sueño de un poeta.

Figuraos un semblante de alabastro, cuya deslumbrante blancura templan dos ojos rasgados y negros como el azabache bruñado y una cabellera rizada y negra como la endrina: figuraos una boca de coral y perlas, una garganta de ángel, unas manos dignas de una Venus, unos pies de niño, la estatura mas alta que es permitida á la mujer para que sea completamente bella, y el talle mas perfecto y elegante, y tendreis una idea de lo que era Paulina.

—Bendita sea! exclamaban los ancianos volviéndose aun para verla despues que ya habia pasado por delante de ellos.

—Bendita sea! repetian las madres con alguna pena, porque tan espléndida belleza oscurecia la de sus hijas.

—Bendita sea! decian sus padres todos los dias.

Y así, entre bendiciones y miradas de amor y caricias y lisonjas, creció y se hizo mujer aquella criatura en quien Dios parecia haber agotado todas sus perfecciones.

II.

Bueno será ya que os hable, lectoras mias,

del carácter de los Señores C.... y del de sus hijas.

El coronel era un hombre de esos que han nacido en el sexo fuerte por un error de la naturaleza: habíase batido, no obstante, durante toda la guerra con el arrojo suficiente para poder conservar su puesto en el ejército; pero no con aquel ardor del valor nativo: y aun para sus escasas proezas había necesitado siempre que la presencia de sus gefes superiores le pusiese en la alternativa de perder su sangre ó de perder su honor.

Así fué que en cuanto la paz se aseguró, es decir, en cuanto pudo hacerlo sin merecer la nota de una estremada y vergonzosa cobardía, pidió su retiro y se dedicó á cuidarse mucho y á vivir con tranquilidad.

Desde la época de su separacion del servicio, el Sr. C.... fué un cero en su casa y en su familia: su esposa cobraba la paga y su esposa también la gastaba sin darle cuenta de ella ni pedirle parecer para nada: vestía lo que le ponían en el colgador de su alcoba, comía lo que encontraba en la mesa, y hasta de fumar se privó por no oír regañar á su cara mitad que no podía sufrir que gastase en tabaco.

Perdonadme, benignos lectores, si á vuestro parecer degrado vuestra condicion de hombres en el anterior retrato: yo os afirmo que está copiado del natural y que nada hay en él de mi propia cosecha.

La Señora C.... era la antítesis de su esposo: ella se había apropiado las atribuciones del coronel: ella mandaba, disponía, regañaba, compraba y vendía: es verdad que no lo hacía mal porque, á fuerza de regaños y gracias á su irascibilidad, tenía á toda la casa metida en el puño como suele decirse.

Aunque las delicias de la Señora coronela consistían en dominarlo todo y dirigir hasta los pensamientos de las personas que había á su alrededor, siempre estaba quejándose del excesivo trabajo que pesaba sobre ella y de la mala vida que el gobierno de su casa la imponía: cuando sus amigos la preguntaban que por qué se atareaba tanto teniendo ya dos hijas tan crecidas, contestaba que estas no valían para nada y que se habían acostumbrado á que su madre las sirviese en todo.

Semejante aserto era verdadero con respecto á Paulina: esta joven, mimada y aplaudida por su admirable belleza, era el ídolo de la casa y su carácter, ligero é indolente además, la hubiera impedido siempre todo trabajo metódico y formal.

En cuanto á Clemencia era otra cosa: entendía perfectamente el gobierno interior de la casa, pero no quería contrariar el empeño

de su madre que se había encargado de él y, aunque se hubiera propuesto descansar, no lo hubiera alcanzado jamás.

La señora C.... quería gobernarlo todo; pero además se quejaba de que lo gobernaba.

Ahora, lectoras mías, os toca á vosotras el perdonarme: también este retrato está copiado del natural.

Por desgracia, hay matrimonios en los cuales el marido es un cero á la izquierda y la esposa se ha apropiado los derechos de los dos.

III.

Las dos jóvenes hacían una vida muy diferente: Paulina, á quien habían hecho creer que la dote principal de la mujer es la belleza, pasaba los días en el tocador, recibiendo con su madre ó haciendo visitas con ella; y las noches en los teatros y soarés.

Sabía, es verdad, hacer un té y servirle con mucha gracia: bailaba como una sílfide: tocaba en el piano algunos walses y cantaba bastante mal dos ó tres canciones andaluzas: no ignoraba además cual era el peinado que más la favorecía, cual era el drama de moda: sabía sentarse ruidosamente en su palco cuando iba al teatro, flechar sus gemelos de nácar con la mayor gracia y vestirse con bastante habilidad, aunque la compra y direccion de los trajes estaba á cargo de su madre.

Sin embargo, con todas estas *habilidades*, Paulina había ya cumplido veinte años y, á pesar de su celebrada hermosura, también estaba soltera como su hermana.

La razón la sabrán mis lectoras si quieren escuchar á la señora C.... y á una amiga suya que tenían un día la conversacion siguiente:

—¿Sabes, decía á la coronela su amiga, sabes que se casa Elisa, aquella chiquilla tonta, hija de aquel que fué brigadier en el regimiento de tu marido?

—Es posible! Si no tiene mas que diez y seis años! exclamó consternada la madre de Paulina.

—Ni tiene tampoco un cuarto!

—Dios mio! yo no comprendo esto! Esa muchacha es fea y pobre y se casa!... Mi hija Clemencia podía haberse casado á los quince años y desde entonces acá está desechando buenos partidos, y Paulina, tan hermosa, haciendo tan brillante papel, nadie la ha hablado todavía de casamiento y ya ha cumplido veinte años!...

—Oye, y por qué no se casa Clemencia?

—Qué sé yo! manías suyas!... Ella que no los quiere, tiene tantos novios, y á su hermana, que se casaría de buena gana, no se la presenta ni uno siquiera!...

La señora C... con todo su gobierno, tenía tan limitado talento que no le servía ni aun para adivinar lo que pasaba en el corazón de su hija.

Clemencia no quería casarse porque con su matrimonio dejaba á su pobre, y débil padre enteramente aislado, puesto que á su madre y á su hermana las faltaba el tiempo para correr de diversion en diversion.

En cuanto á la rareza de tener ella novios mientras que su hermana no tenía ninguno, estaba basada en las muy distintas cualidades que adornaban á una y otra.

Paulina era ligera, superficial, y aunque no la faltaba viveza, la empleaba toda en lucir ese coquetismo que, á su parecer la conquistaba los homenajes de la sociedad.

Su talento no era tan sobresaliente como el de su hermana, pero esto no hubiera sido un obstáculo para su buena colocación, pues la mujer tiene bastante con una razón clara y con las luces naturales para hacer la dicha de los suyos.

No debe pedirse genio á todas las criaturas; y á mí ver, vale mucho mas la mujer buena, sencilla y dulce que sepa únicamente arreglar su casa, que la erudita que todo lo abandona por lucir su talento.

No: lo que dificultaba la colocación de Paulina era el excesivo lujo que gastaba: porque habeis de saber lectoras mías, que nada espanta tanto á las personas de razón como una ostentación imprudente: el hombre que os ame, no querrá que á su lado esperimienteis privaciones y renunciará á vuestra mano por el temor de no poder, ya que no aumentar, sostener al menos vuestro lujo de solteras.

Lo que también perjudicaba á Paulina era el que se la veía en todas partes, y por mas que sea tenida por una costumbre elegante el asistir á todas las diversiones, pocos hombres se encuentran que fien su dicha y la dirección de su casa á una mujer que tan poco ocupa la de sus padres mientras permanece bajo la autoridad de estos.

—¿Qué hará esta mujer, se dicen, qué hará cuando se vea con la libertad de casada, si ahora está siempre de diversion en diversion?

Y si el amante no hace estas reflexiones, nunca falta un amigo que se las haga, y aun á veces alguna amiga mas envidiosa que caritativa.

Por eso es preciso que las madres eduquen á sus hijas para la sencillez y el retiro por mas que su posición sea muy brillante.

Por eso es necesario que las jóvenes tengan afición al trabajo y amor á las paredes de su casa; y que, por mas que reunan esas gra-

cias, esas habilidades, esa belleza que hacen brillar en todas partes, piensen que todo esto no consigue mas que aguzar los dardos de la envidia si no vá acompañado de un prudente método de vida y de la laboriosidad y buen juicio indispensable en toda la que ha de ser buena esposa y buena madre de familia.

IV.

Clemencia reunía á aquella gracia sencilla que cautiva todos los corazones y que vale casi siempre mas que la belleza, la mas completa educación y las dotes mas hermosas.

Tan acostumbrada estaba desde sus primeros años á oír decir á su madre que era muy fea, que habia llegado á creerlo así: con tanta frecuencia la repetían que no tenía gusto ni elegancia, que se habia convencido de ello.

Pero como en toda mujer hay instintos de coquetería, la pobre Clemencia quiso ver si podía adquirir algun atractivo que disminuyese su ponderada fealdad y la vulgaridad de su figura.

A pesar de la inocencia de su carácter llegó un día en que no pudo menos de decirse:

—Es verdad que yo soy mucho mas fea que mi hermana; pero entonces ¿por qué la compran á ella tan bonitos vestidos, cuando se pasan años sin que á mí me hagan un solo traje? ¿Por qué la dan adornos, lazos, encajes y flores y á mí no me dejan un adorno que disimule mi fealdad? Si Paulina es tan bella, como dicen, los adornos debían ser para mí.

Pero cuando participó á su madre estas reflexiones la contestó esta.

—Hija mía, el lujo está demás para tí, porque nunca logrará ni aun hacerte pasable: en cambio realza de un modo admirable la hermosura de Paulina.

Después de esta respuesta, la buena Clemencia quedó completamente convencida: acabó de desear y de pedir; y á tanto llegó su desconfianza de su propio mérito, que un día que su madrina la regaló un precioso relojito de oro, fué corriendo á presentárselo á su hermana.

—¡Cómo! Me lo cedas? exclamó esta asombrada porque era la primera cosa de valor y de buen gusto que la pobre Clemencia habia poseído en su vida.

—No deseabas un reloj? preguntó á Paulina.

—Oh! Mucho que lo deseaba!

—Pues toma el mío: tú le lucirás mas que yo, porque eres tan bonita que todo cuanto llevas se repara, en tanto que de mí nadie hace el menor caso.

Una lágrima brotó de los rasgados ojos de Paulina al escuchar estas palabras: abrazó á su hermana y suspendió de su cuello la linda y delgadísima cadena de oro, que sostenia el reloj, contemplándose despues al espejo llena de delicia.

Por fin un dia Clemencia conoció lo que valía, y la ceguedad de su familia con respecto á su mérito.

Clemencia iba á dejar de ser niña; y desde los primeros albores de su juventud un sin número de atenciones y de galanteos rodeó á aquella gentil y graciosa criatura que tan raras veces se dejaba ver en público y que tantos atractivos tenia en su inocencia, en su modestia y en la completa ignorancia de su propio mérito.

FIN DEL ARTÍCULO QUINTO.

MARIA DEL PILAR SINUES DE MARCO.

LAS SIETE VIRTUDES CAPITALES.

NOVELA ORIGINAL
DE

Doña Robustiana Armiño de Cuesta.

Contra Pereza Diligencia.

QUINTA PARTE.

(CONTINUACION.)

Colocada ya bajo mi proteccion, respondiendo yo de sus gastos, que aunque mezquinos en demasia, eran una carga para esas pobres gentes, Effie no tuvo ya que sufrir vejacion alguna, y en el tiempo que yo llevo en la cabaña, se la vió crecer y desarrollarse de una manera maravillosa. ¡Pobre niña mia! ¡Dios la haga dichosa! oh! la madre Francisca no la abandonará.

El mulato ebrio de gozo al verse acariciado por su hijo, volvió á hablar de su perdida Effie, de María de Jesus, de sus esperanzas, de sus proyectos acerca de la residencia de Chateau-fort, y concluia siempre repitiendo con entusiasmo:

— Mi hijo! mi hijo!

— Y María? se aventuró á preguntar Zafiro sin alzar los ojos.

— Oh! María será libre, pero no es tiempo todavía; los sucesos se complican en la Residencia, y la menor imprudencia pudiera comprometerlos. Zafiro! hijo mio! no fies tu secreto á mujer alguna por mas que la ames. Es preciso que la esclava ignore los vínculos que nos unen hasta que yo pueda decirla estrechándola contra mi corazon: mi hija! mi hija!

Una hora despues ambos ginetes emprendieron de nuevo su camino llevando los caballos al trote, y aquella misma noche arreglaban con Salvandy en el club llamado en la Habana *De los Mulatos*, el sueldo que obtendria en adelante el cajero del ingenio de Chateau-fort.

IV.

ELOISA.

Pocas personas saben lo que es amor, y entre las que lo saben hay muy pocas que lo digan.

MAD. GUIZOT.

Una vez echada esta mirada retrospectiva sobre la cabaña de cimarrones, volvamos á tomar el hilo de nuestra historia.

La Sra. de Palmerolles no atreviéndose á interrumpir el sueño de su querida niña que parecia bastante fatigada, se contentó con arreglar su cabeza sobre los coginetes, poniendo el mayor cuidado para no despertarla, y salió de puntillas del gabinete.

Apenas habia atravesado el dintel de la habitacion donde descansaba su hija, y segura ya de que aquella no podia verla, la pobre madre rompió á llorar.

Nadie mejor que ella conocia toda la grandeza de alma de su hija; nadie mejor que ella podia comprender el sacrificio de aquella pudorosa jóven, que se veia obligada á las mayores humillaciones por salvar la vida de su padre, ó devolverle al menos la salud que creia perdida para siempre.

Laura en tanto, aunque agitada al parecer, gozaba entonces de una felicidad que solo podrian comprender los que hayan amado de veras.

Laura soñaba y su sueño era hermoso como un cuento de hadas.

Laura se encontraba en Asia; un sol abrasador lanzaba su esplendente rayo sobre las maravillosas flores de aquel pais encantado, que plegaban sus brillantes corolas agostadas por un fuego implacable que no aciertan á templar las serenas aguas del Ganges.

Un pueblo inmenso cruzaba ante los ojos de Laura conduciendo un lujoso palanquin de seda recamado de oro.

El poeta oriental era llevado en triunfo por sus admiradores; ni su espléndido traje asiático, ni su rostro animado por el fuego de la inspiracion, revelaban al humilde trovador de los campos, al pálido y melancólico Colibrí.

Y sin embargo Laura le reconocia porque le veia con los ojos del espíritu, porque era el alma compañera de la suya.

Entusiasmada, enorgullecida con aquel triunfo, unia sus aplausos á los del pueblo que seguia el palanquin, y su voz á la de las bayaderas que le rodeaban.

De repente se despertó.

La primera idea que cruzó por su mente la hun-

dió desde la gloria que soñaba, al purgatorio de la realidad.

Laura se estremeció; su primera salida debía ser á casa del duque de Marianao.

¡A casa del duque! ¡la casa de donde había sido arrojada, ultrajada, escarnecida hasta por los criados! á donde no podía volver sin atropellar por sobre las indecorosas proposiciones del duque, sin demandar gracia á Eloisa para cometer lo que en conciencia ella creía una profanación artística, sin devorar aquella insultante carcajada, cínica expresión del mas desvergonzado de los lacayos!

Laura se puso en pié y se encaminó al cuarto de su padre, donde ya se hallaba la Sra. de Palmerolles.

Venciendo la repugnancia que sentía hácia la cuestión vital entonces para el enfermo, la pobre jóven empezó á hablarle de su viaje á España, y de lo mucho que debía confiar en la protección de la Virgen de Monserrat.

Aunque resuelta á llevar á cabo su amargo sacrificio, necesitaba sin embargo oír á su padre olvidarse de su dolencia, rejuvenecerse y volverse loco de alegría, para no desfallecer en el camino.

Si sus fuerzas la abandonaban, aquel recuerdo la daría valor. Una buena hija debe sacrificarlo todo por su padre.

Laura iba á sacrificar en aquella prueba su dignidad de mujer y de artista, iba á sacrificar hasta su porvenir, porque abandonaba para siempre la Isla de Cuba.

Y sin embargo no vacilaba; pero como toda criatura humana desconfiaba de su debilidad.

—«El espíritu está fuerte, mas la carne flaca,» murmuró disponiéndose para salir.

—«Te vas? te vas?» exclamó el enfermo fijando en ella sus ojos radiantes de alegría.

—«Sí... sí...» respondió Laura con forzada sonrisa, voy al instante, padre mío.

Pero soy una pobre jóven sin amparo alguno, añadió volviéndose hácia su madre que la contemplaba con orgullo; madre mía, vos que sois tan buena, tan santa, recomendadme á vuestra santa patrona.

La madre la abrazó y la acompañó hasta la escalera colmándola de bendiciones.

El semblante de Laura expresaba en aquella mañana una tristeza tal, que era preciso todo el aturdimiento que en su madre producía la mas dulce de las esperanzas, para que aquella escelente señora no se apercibiese del cambio que una sola noche había operado en las graciosas facciones de su hija.

Su frente cubierta de una palidez estraña, parecía mas despejada, mas inteligente que nunca; sus negros ojos hundidos en las órbitas brillaban como dos carbunclos.

Es tradición que María Antonieta vió encanecer en una sola noche sus magníficos cabellos rubios.

Laura estaba pálida y desencajada, como el que convalece á medias de un mal incurable.

Y era que la empresa que había echado sobre sus hombros le parecía superior á sus fuerzas.

Hundida en el fondo de su volanta no se había apercibido siquiera de que llegaban al palacio de Marianao, cuando se presentó su fiel esclavo á desplegar la escalerilla para que bajase.

Casi al mismo tiempo apareció en la puerta principal un lacayo de gran librea, que la examinó de pies á cabeza con una mirada insolente y despreciativa á la vez.

Laura no le había visto la tarde anterior, pero se atrevía á jurar que era el mismo de la carcajada del ventanillo.

A la vista de aquel miserable, en lugar de sentirse acobardada, recobró Laura todo el valor que creía perdido.

—No está la señorita, dijo con ironía el lacayo cortando el paso á Laura, y mirándola frente á frente con el mismo descaro que si fuese la cocinera.

—Busco al señor duque, respondió Laura con entereza clavando en el imprudente fámulo una mirada soberana que le hizo bajar los ojos.

—Al señor duque! eso es otra cosa, señorita, yo creía.... venid.... venid.... al señor duque! pues ahí es nada!

El lacayo guiñó el ojo á la cocinera al pasar por delante del ventanillo, se encogió de hombros, se sonrió maliciosamente y condujo á Laura á lo largo de las galerías, hasta la puerta secreta del cuarto del duque.

La pobre jóven caminaba con tal agitacion, que ni siquiera se apercibió de los significativos gestos del lacayo.

Este dió dos golpes á la puerta del cuarto que se abrió al momento; se quitó el sombrero galoneado cubierto de plumas verdes, y anunció con estudiada cortesania.

—La señorita Laura de Palmerolles!

Y desapareció en seguida por la galería.

—Ah! vos! vos! exclamaba el duque abriendo desmesuradamente los ojos; me habeis sorprendido, niña mia.... precisamente estaba confeccionando un madrigal para ablandaros.... oh! estaba yo muy seguro de que os haria volver.... pero qué diablo! habeis prevenido mis deseos! sentaos niña mia, sentaos!

Laura tomó asiento en un pequeño confidente, el duque acercó á él su butaca.

—Y vamos á ver, dijo el duque; ¿cómo tan temprano? ¿es decir que habeis reflexionado acerca de mis proposiciones? Eh! hablad sin cuidado, china (1) mia; oh! mis lacayos no se acercarán en tanto que yo reciba mis visitas particulares... y vuestro padre? pobre hombre! A la verdad que hubiera sido una heregía por vuestra parte rehusar mi protección cuando tanto la necesitáis.... porque debéis conocer que Eloisa os ha cerrado para siempre la puerta; añadió acercando mas su butaca; pero al fin.... todo se arreglará.... os acompañaré á su cuarto.... le rogaré, y si se niega á admitir de nuevo.... psit! os volveis á vuestra casa, y en lugar de venir á molestaros, seré yo el que se imponga la

(1) China, querida.

tarea de ir todos los días ó todas las noches á Puerto-Escondido.... es igual.

El cinismo con que pronunció el duque aquellas palabras, dió al traste con todo el valor de Laura, que sintiéndose herida en lo mas vivo de su alma, no encontró palabras para espresar toda su indignacion.

—Señor duque! balbuceó al fin levantándose y sofocando las lágrimas que se agolpaban á sus ojos; he venido aquí á suplicaros que me acompañéis al cuarto de la señorita cuyo retrato.... quiero hacer.... si ella lo permite.... y nada mas.... acudo á vos, porque sé que los lacayos tienen orden para no dejarme pasar.

—Bien.... muy bien.... es decir que no venís por mí.... enhorabuena, hermosa criatura, perdonad mi error.... Como ayer os oí que exigir de vos esa pintura era querer profanar el arte, y que primero....

—Sí, señor, interrumpió Laura dejando correr sus lágrimas y fijando en el duque una mirada de desesperacion; es una profanacion artística, es una infamia que pesará sobre mi conciencia.

—Y sin embargo la hareis!.... ¿Pues no deciais ayer que os dejariais morir de hambre? añadió el duque sonriendo y haciéndola sentar de nuevo.

—Oh! por piedad! no insulteis mi desgracia, señor duque! Vos que habeis sido siempre el generoso protector de los maestros que el capricho de vuestra hija insultaba y escarnecía; tened compasion de mí que soy una pobre jóven sin amparo alguno.... Escuchadme, escuchadme porque no mata el dolor cuando yo vivo.

—Hablad, Laura.... ya os escucho, respondió el duque realmente conmovido.

Laura entonces le refirió sencillamente todo lo que habia sucedido desde el día anterior; las súplicas del enfermo loco de alegría con su esperanza, la exagerada confianza de la pobre madre en Eloisa, y la repugnancia que sentia en hacer el retrato que se veia precisada á ejecutar para llevar á cabo su santa empresa.

El acento de Laura revelaba una tristeza tan profunda, que el generoso corazon del duque esperimentó una violenta sacudida.

—Pobre niña! murmuró contemplándola con entusiasmo, y sintiendo infiltrarse en su alma un sentimiento noble y puro que reemplazaba desde aquel instante á todo pensamiento de seducccion.

¿Y estais decidida á emprender el retrato contra vuestra conciencia? le preguntó mirándola con un cariño para él hasta entonces desconocido.

—Sí.... sí, señor.... mi padre está allí aguardando mi sacrificio, que necesita para recobrar su salud; y Dios que vé mi corazon tomará en su justo valor mi ofrenda, como aceptó el sacrificio de Isaac.

—Pues bien, no lo hareis; no cometereis lo que creéis un delito, porque yo estoy aquí para protegeros, para tenderos como habeis dicho una mano generosa, para emanciparos en fin de la esclavitud á que os ha reducido el destino, ingrato casi siempre para el que trabaja sin descanso.

El duque se espresaba con tal rapidez, que Laura no tuvo tiempo para responder.

—Tomad, añadió con entusiasmo sacando de su naveta un bolsillo lleno de oro; decid á vuestro padre que será para mí este día el mas feliz de mi vida, pues en él puedo sacar á una familia noble y laboriosa de la desesperada situacion en que se halla.... Ahora Laura no paseis á ver á Eloisa, no.... ayer lo necesitábais todo, hoy ha llegado ya vuestra hora de libertad.

—Señor! esclamó Laura rehusando el dinero que le presentaba el duque; ayer cuando todo lo necesitaba, podia aceptar de vos una limosna; ahora, despues de vuestras palabras tan injuriosas para mí, Dios me manda rehusarla.... ¡Oh! no hay una criatura mas desdichada sobre la tierra!

Laura no pudiendo espresar lo que sentia se cubrió el rostro con las manos, dejando escapar un gemido desesperado; en aquel puñado de oro que rechazaba iba la salvacion de su padre... su vida tal vez, porque ¿quién asegura la vida de un enfermo cuando se le arrebatan las esperanzas que se le han hecho concebir?

—¡Laura! murmuró suavemente el duque acercándosele con afectuosa compasion: no rehuséis la ofrenda de quien tan de veras os ama.

Laura separó sus manos como dudando de que aquel acento tiernísimo saliese de los labios del duque.

El anciano temblaba como un tercianario.

—¡No, no!... repitió la pobre jóven con voz entrecortada...

—¡Pues bien! os juro que no hareis ya el retrato de Eloisa, añadió el duque con el mismo acento suave y simpático á la vez.

—¡Ah! esclamó Laura con desesperacion; piedad! piedad! si no me permitís hacer ese retrato, arancadme la vida.

—Laura de Palmerolles! dijo entonces el duque con solemnidad, inclinándose ante la desconsolada niña, desde ayer habeis crecido mucho para rebajaros ahora hasta los mas estraños caprichos de mi hija... No sois ya la pobre institutriz que arastraba una existencia de las mas laboriosas y sacrificadas, no... Sois un ángel que debe brillar de hoy mas donde el mundo pueda rendirle culto.... Sois... yo... os amo... yo os ofrezco mi nombre y mi fortuna.

Laura se levantó espantada como si hubiese sentido la picadura de una víbora; aquella fortuna inesperada era una irrision mas de su misero destino... era la desgracia que no habia podido imaginar.

Loca de dolor, conmovida por el sentimiento de gratitud que sus labios no acertaban á espresar, casi fuera de sí, se arrojó á los pies del duque esclamando con acento desesperado:

—¡Imposible!

—¡Imposible! repitió el duque perdiendo el color. ¡Oh! hablad, hablad!

—Sí, imposible! Os amaré siempre, os lo juro, como á un amigo... el mejor! el mas digno!... Pero no puedo ser vuestra esposa... ¡Soy casada!

—¡Casada! esclamó el duque retrocediendo.

—Sí, casada... por un deber de conciencia... ca-

sada espiritualmente, añadió Laura sonriendo en medio de su amargura al solo recuerdo de Colibrí, oidme si me amais, y juzgad señor si os engaño.

Laura refirió entonces al duque su romántico amor, sus esperanzas de reunirse un día con su amado en esta vida ó en la eterna, y sacando de su pecho una cajita de terciopelo mostró al atónito amante su anillo nupcial con un entusiasmo que no dejaba lugar á la menor duda acerca de tan maravilloso sentimentalismo.

El duque la miraba sorprendido creyendo tener ante sus ojos alguna hada que le encantaba con sus historias orientales. En el siglo material en que vivimos, parecíale imposible tanto amor, tan increíble desinterés.

—Laura; añadió despues de algunos momentos de silencio, todo eso no es mas que una ilusion del alma ardiente y apasionada con que os dotó el criador; yo respeto todas esas ilusiones... digo mas; las admiro; pero eso no es ya mas que un sueño que se ha disipado para no volver nunca, es preciso que seais mi esposa... Sí, sí... lo sereis ¿no es verdad? añadió animado por el silencio de Laura. ¿Quién podría amaros como yo os amo? Seré vuestro esclavo... vuestro... ¡Oh! el pobre enfermo se volverá loco de alegría!

—¿Y tendríais conciencia para casaros conmigo despues de la revelacion que acabo de haceros?

—¡Oh! sí, sí, ángel mio... sí, la tendré! ¿Quién podría rehusar el cielo? Venid... venid, nuestra voluntad nos llevará á Puerto-Escondido, ahora, ahora mismo; yo me arrojaré á los piés de vuestro padre, yo...

—¡Ah! Entonces sois un infame delator, señor duque! exclamó Laura con amargura. ¡Y yo os creia tan grande, tan generoso! ¡Dios mio! por piedad, no reveleis mi secreto ó muero á vuestros piés!

—Pues bien, niña mia! os juro que nadie sabrá... consiento en todo lo que querais... ¡Oh! no lloreis por Dios! No temais nada!... yo...

—Vamos pues, dijo Laura despues de algunos momentos de silencio. Duque de Marianao todo está concluido. Olvidad lo que acabo de deciros. Vais á llevar á mi padre las esperanzas, vais á levantar del polvo una pobre familia azotada por el infortunio, descendéis hasta una infeliz criolla, vos tan grande y tan rico... y mi madre se tornará loca de alegría ¡Pobre madre!... Que Dios os bendiga, señor duque! Que Dios os haga feliz!

El semblante de Laura naturalmente pálido, estaba cubierto de ese nacarado febril que puede confundirse con el rubor, pero que solo es el fuego que brota á la superficie de un volcan. Sus grandes ojos negros se fijaban en el duque con una expresion tan siniestra, tan amargamente irónica, que el anciano se detuvo antes de atravesar el umbral de la puerta que aun permanecia cerrada.

—Laura; dijo el duque deteniéndola suavemente, veo que no me amais, pero miradme al menos como á un amigo... el tiempo hará lo demás.

—Y qué os importa que os ame? Esclamó la criolla con un acento que revelaba cierto desvarío en sus ideas, mi padre os hará dueño de mi mano...

y yo le obedeceré... sí, le obedeceré, por que... con qué derecho le arrebataria la fortuna de llamaros su hijo? ¡Bendito seais, Duque de Marianao, que salvareis á mi padre pasando por sobre el cadáver de vuestra esposa.

—Qué decís? exclamó aterrado el Duque, Laura, Laura, volved en vos... oidme.

—Oh! nada me queda ya que saber, respondió Laura con amarga sonrisa, mañana, dentro de dos dias, sereis mi esposo... pero la muerte está allí silenciosa, implacable á la puerta de la cámara nupcial... ¡Oh! cuán hermosa me parece ahora la muerte!

La desesperacion de Laura era tan viva, tan real, que el Duque impulsado por su natural generosidad, hizo un esfuerzo casi sobrehumano para acallar el latido de su corazon, exclamando con voz entrecortada:

—Laura, sois libre... os llevais toda mi dicha... pero os amo demasiado para asesinaros... idos en paz... el cielo os haga dichosa.

El duque no pudo proseguir; dos lágrimas que brotaban de sus ojos, se deslizaron por sus mejillas sin que le fuese posible contenerlas.

A pesar del estado de exaltacion en que Laura se hallaba, aquellas palabras tuvieron para ella un poder mágico, que en vano trataríamos de describir. Su belleza austera que reflejaba los rasgos del arte antiguo, recobró en un momento su encantadora expresion, sus ojos extraviados tornáronse dulces y tranquilos, y su voz argentina y cadenciosa volvió á resonar con aquel acento noble y cariñoso que magnetizaba y atraia los corazones mas endurecidos.

—Libre! exclamó arrodillándose de nuevo á los piés del duque y besando con efusion una de sus manos. Ah! señor, me volveis la vida... Dios que vé mi corazon, os recompensará con mano generosa. Es imposible que seais infeliz.

El duque lloraba como un niño.

—Ah! señor, añadió Laura fijando en él sus hermosos ojos radiantes de alegría; vos que sois tan bueno, tan grande, tan noble, ¿tendréis valor ahora para negarme la gracia de hacer el retrato?

El duque se estremeció; en su amarga decepcion se habia olvidado de aquel incidente.

De repente recordó la triste posicion de la pobre niña, y comprendió que no habia otro medio de socorrerla.

—Vamos, dijo señalando la puerta; vamos, Laura á donde querais; pero hablad vos, yo apoyaré cuanto digais, pero no podria en este momento hablar el primero... Oh! no sé lo que me pasa.

—El enfermo espera, añadió Laura con tristeza recordando á su padre, y temblando ante la idea de presentarse de nuevo á Eloisa.

El duque abrió la puerta que daba á la galería y dejó el paso á Laura, que en el momento de atravesar el umbral se encontró en brazos de la duquesa, que la estrechó tiernamente contra su corazon.

El duque se quedó cortado sin poder pronunciar una sola palabra.

Laura exhaló un ligero grito y ocultó su frente

en el pecho de la duquesa, dejando correr sus lágrimas como si se apoyase en el pecho de una amiga.

Y así era en verdad. Eloisa advertida por el lacayo y la cocinera, habia querido oír la conversacion de Laura, creyendo que la institutriz querria una conferencia con su padre para *desplumarle*.

¡Cuán providencial fué la escena que tuvo lugar en el gabinete del duque! Eloisa arrastrada por esa curiosidad femenil que impulsaba á escuchar hasta el fin, devoró en silencio las amargas verdades que á ella se referian, y trémula y conmovida por la triste posicion de Laura, por su nobleza, por su desinterés, y sobre todo por su poético matrimonio, abjuró de su loca vanidad y se sintió arrastrada por la mas dulce simpatía hácia la pobre niña que se sacrificaba tan amargamente por salvar á su padre.

—Señorita, exclamó Laura desasiéndose asustada de los brazos de Eloisa, cuyo orgullo recordaba demasiado: perdonadme, perdonadme, os ruego.

—Todo lo sé, Laura mia, respondió la duquesa entrando con ella de nuevo en el gabinete de su padre; yo, yo soy la que os suplico me perdoneis; yo que os he insultado, despedido, escarnecido; yo que impulsada por una vanidad que detesto, no he vacilado en arrojaros de mi casa, privándoos de una gran parte de vuestros recursos, á vos, alma santa y privilegiada cual ninguna.... Oh! yo os suplico me concedais el título de amiga.... solo de amiga.... haré tanto para merecerle!

Laura se arrojó llorando al cuello de Eloisa prodigándole los nombres mas tiernos.

Luego preocupada siempre por su idea fija:

—¿Me amais? preguntó á la duquesa sonriendo: luego quereis ser otra vez mi discípula? Luego me permitireis hacer el retrato que deseais?

—Sí, sí, todo lo que querais; pero no hareis aquel retrato "que era una profanacion artística" hareis el mio tal como soy, tal como Dios me ha formado, añadió Eloisa ruborizándose ligeramente.

—¡Ah señorita! exclamó Laura con entusiasmo; cuán hermosa me pareceis ahora!... Sí... muy hermosa, porque el rostro no puede ser feo cuando refleja á un alma noble y generosa... y vos lo sois, añadió al ver que Eloisa bajaba los ojos avergonzada, lo érais ya... pero aun no os habia llegado la hora... vuestro retrato será una obra maestra.

Eloisa estrechó tiernamente la mano de Laura, y la hizo sentar á su lado cariñosamente.

El duque permanecía silencioso y sumido al parecer en una meditacion profunda.

—Padre mio, dijo Eloisa atrayéndole dulcemente hácia el sofá, de hoy mas Laura de Palmerolles no dará ya lecciones en el campo... yo le doy mil duros por mi retrato.

—Mil duros! exclamó Laura creyendo que soñaba.

—Os olvidais de que vá á ser una obra maestra? respondió Eloisa sonriendo; sí, mil duros, con mas la gratificacion que yo juzgue conveniente. Ahora Laura mia, amiga mia, emprendereis mi retrato sin levantar mano, á fin de que podais verificar al

instante vuestro viaje á España. Nada temais; si mi retrato no bastase para sufragar los gastos de tan larga jornada, yo reclamo el honor de ser vuestra prestamista... ya veis que soy yo... no mi padre! se apresuró á añadir la duquesita, y yo voy á ser muy pronto dueña de mi caudal.

—¡Ah señorita! exclamó Laura vivamente conmovida... no encuentro palabras con que espresaros toda mi gratitud: ¡prestar!... prestar á una pobre jóven! A una pobre que se vá para no volver!

—¡Eh! no me creais por Dios mas generosa de lo que soy... Laura; mi corazon me dice que os volveré á ver... aquí... en la isla... que sereis mi amiga, que me amareis mucho y que sereis mi maestra en tanto que me dure la vida; ¿no es verdad?

Laura se inclinó sobre la mano de Eloisa, y la cubrió de besos.

—Ambas sois dos escelentes criaturas queridas de mi corazon, ambas dignas de ser felices, exclamó al fin el duque estendiendo sus manos sobre la cabeza de las dos jóvenes como para bendecirlas: ¡Eloisa, hija mia! Dios te bendiga! ¡Laura de Palmerolles! ¡bendita seas!...

Y el duque de Marianao salió precipitadamente del gabinete, para dejar correr las lágrimas que sofocaban su corazon despedazado.

(Se continuará.)

ROBUSTIANA ARMIÑO DE CUESTA.

AMOR DE UN POETA.

SEGUNDA PARTE.

I.

LA TAPADA.

Por la primera parte de esta historia has visto, mi querido amigo, que he tratado de darte cuantas noticias pude adquirir por mí mismo acerca de las causas de la muerte de Ricardo que para tí habian sido siempre un misterio impenetrable.

Escucha ahora la revelacion que él me hizo el dia que por segunda vez cayó en cama para no volver á levantar con vida.

Una palabra aun.

Cuando Ricardo se resolvió á comunicarme este secreto, ordenóme que cerrase las puertas de la alcoba para que ningun oido indiscreto se enterase de lo que iba á decirme: despues se puso en actitud de meditar: su frente estaba fria, sus mejillas lívidas, y un temblor convulsivo agitaba todo su cuerpo. Al fin, con voz grave, comenzó de esta manera:

—"Poco ó nada puedo decirte que no sepas concerniente á los asuntos de Mariana. (Así se llamaba la hija del Magistrado.)

"Lo único que tal vez ignorarás es que cuando

mas pruebas de afecto y de cariño me estaba dando, se atravesó otra mujer en mi camino, la cual, siendo un ángel, vino á descargar sobre aquella inocente el golpe mas rudo que pudiera haberle asestado Satanás.

"Te contaré como sucedió esto.

"Era la tarde de Viérnes Santo. En aquel año como en todos amaneció el día muy triste. Nunca he podido explicarme que hay de misterioso y melancólico en el color de ese día que lo diferencia del de los demás. No parece sino que la luz opaca con que se ostenta proviene del fuego donde se abrasan las almas de una generacion maldita, y que los negros nubarrones que vagan por el espacio son los enlutados cortinajes con que se viste aquel día la morada del Señor.

"He dicho que era la tarde. La procesion habia terminado con la solemnidad que acompaña á todos los actos de nuestra santa religion. El pueblo entero de Madrid que habia acudido presuroso á prosternarse ante el sepulcro del Redentor, y que mas tarde asistia á las iglesias para confesarse humillado ante tanta grandeza, se retiraba ya á sus hogares, sinó purificado, por lo menos arrepentido y con ánimo de disponerse para el bien. Próximo ya el anochecer se levantó un viento impetuoso acompañado de un abundante aguacero que obligó á precipitar el paso á los mas perezosos y aumentó la melancolia de aquella hora. Yo tambien me dirigía á casa; mas no sé por qué, al tender una mirada á mi derredor sin ver en las calles alma viviente, me sentí sobrecojido. En aquel momento una ráfaga de aire azotó contra mi cara el agua fria y abundante que caia de una canal, al tiempo mismo que las puertas y ventanas multiplicaban sus golpes contra las paredes y el alero de un tejado desprendiéndose pesadamente vino á caer á mis piés. Te lo confieso, el espanto que se apoderó de mí solo es comparable al sentimiento de gratitud que sentí elevarse hácia Dios desde el fondo de mi alma, luego que me repuse un poco y comprendí que á su Providencia debia el milagro de encontrarme aun con vida.

"Oh! Sí. Me hallaba precisamente junto al convento de Santo Domingo y no vacilé en penetrar en la iglesia para inclinar mi frente ante el altar. Ignoro cuanto tiempo permanecí arrodillado, y ni siquiera reparé si habia en el templo alguna persona cuando penetré en él, pues solo una idea absorbía toda mi atencion: mi mente estaba llena con la grandeza y la omnipotencia de Dios. Cuando me incorporé, tranquilo y satisfecho como lo está el hombre siempre que su conciencia tiene la conviccion de haber obrado con arreglo á los buenos principios, eché de ver que el templo se hallaba vacío. Entonces no dudé que las puertas se habrian cerrado, pero no por eso sentí ninguna pena: al contrario, en aquel momento semejante inesperada prision me halagaba, porque la encontraba muy en armonía con el estado de mi espíritu. La oscuridad que reinaba en torno mio era casi completa: las luces se habian apagado, y solo delante de alguna imagen ardian diseminadas y arrojando su

oscilante y amarillenta claridad, las lámparas que las beatas en su piadosa devocion habian tenido cuidado de encender.

"Triste estaba mi alma, tan triste como la sagrada mansion en que me hallaba, donde no se oia mas ruido ni se percibia otro rumor que el que producía á la parte de fuera el agua que continuaba cayendo en abundancia, y adentro el ligero chisporroteo que despedía la llama de las lámparas, vivo remedo del estertor de la muerte. De repente llegó á mis oidos un débil gemido que me pareció sofocado por el velo mismo de la que lo daba, pues debo advertirte que, creyéndome solo en la iglesia, me figuré que no podia ser mas que de alguna monja que se encontrase por casualidad en el coro. Entonces me aproximé á aquella parte del templo con el oido atento por si el gemido se repetía; pero aunque lo volví á escuchar mas penetrante esta vez, me convencí que no salia del coro, sino de una capilla que tenia á mi derecha. Al momento encaminé á ella mis pasos palpitándome de ansiedad el corazon: pero prudente para no distraer de sus oraciones á cualquiera que fuese mi compañero de penitencia, cuidé de no hacer ruido y me acerqué con toda la precaucion posible.

"No sé, ni he podido explicarme jamás, si fué que mi espíritu un poco sobreexcitado con los acontecimientos de aquella tarde me hacia ver las cosas bajo un prisma engañoso, ó que realmente era digno de admirarse el cuadro que se me ofreció á la vista. Lo cierto es que sentí al corazon dar un vuelco dentro del pecho, y que desde entonces huyó para siempre la tranquilidad de mi alma. Frente al retablo de una imagen de la Virgen, y al lado mismo del sepulcro que guarda las preciosas cenizas del que un tiempo fué rey temido en Castilla y fuera de ella, habia una mujer arrodillada con los codos apoyados sobre el asiento de una silla que le servia de reclinatorio, y con el rostro oculto entre sus manos. Vestida de negro de piés á cabeza, parecia la estatua misma de la muerte, lo que confirmaba mas y mas la completa inmovilidad en que se mantenía. Llegué á creer que efectivamente la vida habia escapado de aquel cuerpo, y que los dos gemidos que oí momentos antes los habia dado al tiempo de espirar. Esta idea me espantó, porque me trajo á la memoria toda la trascendencia que podia tener un caso semejante en la situacion difícil en que me encontraba. Entonces quise huir, pero antes me pareció conveniente cerciorarme de si aquella dama habia muerto realmente, ó era tan solo que habia caído bajo la influencia de un desmayo ó paraisimo tan comunes en las mujeres cuando pasan muchas horas en el templo. Acerquéme pues hasta la silla misma donde se apoyaba, y me incliné para observar mejor. Oh! nunca lo hubiera hecho y viviera feliz como habia vivido hasta entonces. Pero estaba escrito sin duda que habia de suceder así, y no hay mas remedio que conformarse con la voluntad de ese Ser que todo lo puede y que nos observaba en aquel instante, como nos observó

luego, como nos observa ahora y como nos observará hasta la muerte.

"Inclinéme, como te he dicho, hasta tocar casi su cabeza con la mía, y entonces reparé con gozo en la ligera oscilación del negro manto que pendiente de su cabeza le caía sobre la espalda, velando su cuerpo que sospeché fuese airoso y esbelto por la manera misma con que se había reclinado sobre la silla. Picada mi curiosidad por esta observación, y seguro ya de que bajo aquel hechicero manto latía un corazón, vírgen tal vez, entusiasta y lleno de vida, me decidí á permanecer á su lado, dispuesto además á socorrerla si por ventura le acontecía algo. Constituido de esta manera en guardian de una dama bajo aquel techo santo y á presencia misma de la Vírgen, quise sin embargo respetar sus secretos y me retiré junto al sepulcro del gran rey que antes he mencionado, en cuyo sitio me quedé de pié, inmóvil hasta que la dama dejó escapar un nuevo gemido y estas palabras que entendí muy bien.

— "Me levanto, Dios mío, en la ciega confianza de que salvaréis á mi padre. En cuanto á vos, Vírgen santa.... ya sabeis.... mi corazón nada siente.... Y....

"No pude oír la conclusión de la frase porque en aquel momento se incorporaba la dama haciendo crujir la seda de sus vestidos pero por las palabras que había sorprendido, dirigidas á la Vírgen con cierto rubor y como temerosa de manifestar un pensamiento profano, me creí autorizado para suponer que lo que pedía era un novio como había pedido á Dios que preservase de la muerte á su padre que sin duda estaba enfermo de peligro. Esta última suposición, como supé mas tarde, era cierta desgraciadamente. En cuanto á la primera... aunque todavía sospecho que debió serlo también, debo confesar no obstante que ni he oído confirmarla nunca ni he tenido motivos para convencirme de su certidumbre.

"Cuando la dama se incorporó, parecióme que se maravillaba de encontrarse sola en la capilla; pero sin duda no creyó que le sucedería lo mismo en la iglesia, porque descendió á ella con paso resuelto y ánimo tranquilo. Sin embargo, á esta tranquilidad siguió el sobresalto y la angustia cuando sus ojos indagadores no vieron mas que tinieblas y soledad en torno de sí. Entonces se levantó el velo como si él fuese un obstáculo para ver en la oscuridad; y llevándose las manos á los ojos, cuyo movimiento me hubiera llenado de terror á haber habido un poco mas de luz, exclamó angustiada y á media voz:

— "Brígida! Brígida!

"Pero sus palabras no encontraron eco, y entonces se volvió hacia la imagen de la capilla repitiendo muy afligida.

— "Dios mío! Dios mío! Dónde habrá ido esa muchacha?

"Esto me hizo comprender que la dama había entrado acompañada en la iglesia; pero como quiera que su soledad era ahora efectiva y la veía además presa de la natural ansiedad que debía produ-

cirla este caso inesperado, me resolví, aunque con temor de asustarla mas, á producir un ligero ruido con los pies.

"Esto bastó para llamar su atención.

— "Brígida! repitió. ¿Qué haces ahí? no me has oído?

— "Señora! la dije en voz baja y sin moverme para no amedrentarla. Dispense V., mas creo conveniente advertirla que esa Brígida á quien llama no está en la iglesia.

— "Que no está! Pues dónde ha ido?

— "Lo ignoro, señora. Tal vez cansada de esperar...

— "Cansada de esperar! Es verdad, Dios mío! Me he debido detener mucho tiempo en este sitio... Parece que es ya de noche...

— "No se engaña V., señora.

— "Pero entonces, murmuró la dama tornando á su anterior estado de ansiedad y como hablando consigo misma; como es que esa muchacha ha tenido valor para marcharse sin llamarme? Oh! Esto es horrible.... Qué será de papá? que pensará mamá de mí? Dios mío! Dios mío!

"Y al decir esto la dama se dirigía ya á un lado ya á otro, pero sin dirección fija, sin saber lo que se hacía; pálida, angustiada, impaciente; unas veces con trasportes de desesperación y otras con la calma del abatimiento.

"Al contemplarla en semejante estado no me pude contener.

"Salí á su encuentro.

— "Señora! la dije adoptando las mejores maneras y el tono mas dulce que me fué posible. Ruego á V. de nuevo que me perdone si me atrevo á dirigirla mi voz: mas parece que en el estado en que V. se encuentra, y siendo como es completamente de noche, no tomará V. á mal que la ofrezca mi brazo para acompañarla á su casa.

"Y al espresarme así, mi corazón palpitaba y mis palabras se hacían temblorosas; porque la imagen de aquella mujer que hasta entonces no había visto mas que imperfectamente, comenzaba á ejercer sobre mí una fascinación irresistible. Ignoraba, es verdad, lo que sería su rostro, porque lo ocultaba á mis miradas el tupido velo de la mantilla que se había vuelto á echar al oír mis primeras palabras; pero tenía un no sé qué de distinguido en su porte, en su ademán en sus maneras y hasta en su traje mismo que me sorprendía y me impedía reflexionar acerca de su hermosura. ¿Qué podía además añadir la cara al encanto de aquella muger que se me presentaba de una manera tan poética y tan misteriosa? Velada entre los pliegues de su manto negro, y medio envuelta entre las sombras de los claustros: oyendo su respiración sofocada por la congoja y presenciando el sobresalto de que se hallaba poseída; parecíame tan interesante, que aun á riesgo de producirla un mal hubiera deseado que aquella situación se prolongara indefinidamente. Oh! era yo tan feliz!...

— "Caballero, me dijo contestando á mis palabras despues de un momento de silencio durante el cual me pareció que luchaba contra el rubor que

debía causarle mi vista en semejante estado. Agradezco á V. vivamente la atención que me dispensa, y no dudo que, comprendiendo todo lo delicado de mi situación, no le causará extrañeza que prefiera esperar con V. en este sitio hasta que vuelva mi doncella. De cualquier modo, bien vé V. que no desairo su galantería, y que, lejos de eso....

—«Qué? señora,—me apresuré á preguntar notando que no terminaba la frase y que se quedaba como avergonzada de haber dicho demasiado.—Oh! por piedad....

—«Qué? decía sencillamente que me acordaré siempre de la bondad de V.

«Esto me desconcertó.

«Sin embargo iba á replicar que el servicio que me dispensaba el honor de prestarla, con gran satisfacción mía, no merecía la pena de mencionarse, cuando se oyeron resonar á lo largo del templo las pisadas de dos personas que se acercaban.

«Mi desconocida dama se precipitó fuera de la capilla.

—«Oh! eres tú, Brígida?—esclamó.—Dónde has estado tanto tiempo? ¿Cómo te atreves á separarte de mi lado dejándome abandonada en la iglesia? ¿Te parece bien tenerme esperando una hora en la mayor ansiedad, y dando motivo á que mamá se alarme?

—«Señorita—contestó la doncella—cuando me separé de V. estaba la iglesia atestada de gente, y además llevaba ánimo de volver volando. Pero la pesadísima é interminable charla de este bendito primo que Dios me ha dado, y á quien no había visto hacía muchos meses, me ha detenido mas de lo regular.

«Y al hablar así la doncella estrechaba entre las suyas las manos de un jóven mofletudo que, según supimos luego, era el sacristan del convento.

«Gracias á esta circunstancia, me pareció que ya no habría dificultad para que pudiésemos salir á la calle, lo cual no dejó de entristecerme porque presentí que tal vez iba á separarme de mi desconocida para no volverla á ver jamás.

«Entonces me ocurrió una idea que puse en planta inmediatamente.

—«Señora, la dije en voz baja é inclinándome á su oído; hace un momento escuchaba de boca de V. palabras muy gratas para mi pobre corazón. Bien sabe Dios el placer que ellas me han causado y lo mucho que agradezco haber recibido de V. una honra tan señalada. Mas, al separarnos ahora...

«Al llegar aquí me detuve como si temiese manifestar mi pensamiento.

—«Al separarnos... qué?... interrogó ella con interés.

—«Nada, señora, quería decir á V. que pensaba en que tal vez no la volveré á ver nunca, ó que, aun cuando esto suceda, aun cuando nos encontremos otra vez en el mundo, yo no podré conocer á V.

—«Pero yo á V. sí.

—«Y seré tan dichoso que V. me conceda la honra de hablarme con la confianza que lo hacía en este instante?

—«Por qué no?

—«Lo hará V?

—«Sí.

—«Oh! Gracias, señora!

«Al verla alejarse confieso que tuve impulsos de seguirla hasta averiguar donde vivía, porque mi corazón se iba tras de ella. Pero esto me pareció indigno de mi carácter y de las seguridades que acababa de darme para lo sucesivo. Por otra parte, sentía cierto placer en quedarme allí, en el mismo sitio donde ella había estado arrodillada, pues me parecía que su voz resonaba aun en mis oídos y que la atmósfera que respiraba había quedado impregnada con el perfume de su aliento.

«Sin embargo, aquella ilusión duró muy breves instantes, porque el sacristan, que debía ser un hombre despiadado, me obligó cortesmente á que saliera de la iglesia so pretexto de que era hora de cerrar.»

II.

LA SORPRESA.

Al llegar aquí mi pobre amigo Ricardo se detuvo como para tomar aliento.

Luego continuó.

«Ignoro lo que fué de mí cuando salí de la iglesia. El encuentro con aquella dama me había impresionado tanto que, lleno mi pensamiento con su recuerdo, no hice mas que vagar errante de un lado á otro, sin cuidarme de la lluvia que aun caía en abundancia, y sin sentir siquiera el frío helador que entumecía mis miembros.

«Aquella noche fué la primera que me retiré á casa á una hora intempestiva. Te acuerdas?

«El domingo siguiente—cuando despues de haber luchado mi razón con el sentimiento, había logrado apartar de la memoria el recuerdo fatal de mi desconocida—entraba yo en S. Ginés á oír misa; y ya había atravesado el patio que separa el enverjado de la iglesia, cuando mi vista tropezó con dos señoras que se dirigían á un lado del pórtico para tomar agua bendita. Verlas, y lanzar un grito de sorpresa, todo fué uno. Acababa de reconocer en la mas jóven el aire distinguido y las maneras aristocráticas de la dama de la capilla. Entonces olvidé todos los razonamientos que me había hecho á mí mismo, y ya no pensé mas que en colocarme á su lado para ver si me saludaba ó si dejaba escapar alguna sonrisa que me denotase que no me había equivocado. Mas fué mi empeño vano, porque, por mas que permanecí junto á ella mientras duró la misa, la dama no hizo nada que me autorizase á afirmarme en mi idea.

«Y sin embargo todavía hubiera jurado que era ella.

—«Vamos—me dije cuando ya la gente comenzó á salir del templo—se conoce que la niña es prudente delante de su mamá, pues tal vez por no llamar su atención no se ha dignado mirarme. Mas ahora.... entre la confusión es posible que se atreva.... y entonces.... cuando su mirada se encuentre

con la mía no dejará de inmutarse.... ó tal vez.... Mas ya! ya mira. Pero calle! qué es eso? Nada.... no dá señales de conocerme.... Pues señor, no es ella. Mas sí, sí que lo es: ¿quién sino ella sabe andar á la manera de una reina? Oh! pues yo le aseguro que no finjirá mas.

"Y diciendo esto avancé hasta colocarme delante de ella al tiempo mismo que se acercaba á la puerta de salida. Entonces me volví á mirarla de frente, levanté el *portier* con una mano y con la otra la invité á que pasara, acompañando la acción con una leve inclinación de cabeza. Y ella y su madre pasaron, pero sin que mis oídos percibiesen otra palabra que un *gracias* frío y ceremonioso que me dejó sumido en la mayor perplejidad.

"No las quise seguir.

"Me vine á casa desesperado, porque aquel encuentro despertó otra vez en mí las dulces ilusiones que me hiciera concebir el que había tenido dos días antes en la iglesia de Santo Domingo. Oh! á pesar de su disimulo y de su cambio de traje—pues la dama que acababa de ver vestía uno de calle sumamente elegante—mis sospechas tomaban cada vez mas cuerpo al recordar todos los detalles de su estatura, de su cuerpo y de sus maneras.

— "Acaso—me dije reflexionando—acaso habrá pensado que su deslumbrante hermosura puede ser peligrosa para mi tranquilidad; y como la he visto y admirado á placer—puesto que llevaba alzado el velo de la mantilla—habrá tenido compasión de mí....

"Oh! esta reflexion te parecerá despojada de fundamento; pero sin embargo era cierta."

(Se continuará.)

EL ROMANCERO DE HERNAN CORTÉS.

De la coleccion de romances, que con el título de *Romancero de Hernan Cortés* ha escrito y se dispone á publicar el señor Hurtado, insertamos hoy el que se refiere al recibimiento que hizo Motezuma al conquistador del Nuevo Mundo. Teniendo por asunto estos romances los hechos mas notables de aquella conquista, y siendo el romance la forma en

que todos nuestros poetas han cantado nuestras glorias nacionales, forma que adaptándose al espíritu del pueblo español permite que se graben en su memoria los grandes acontecimientos de la historia y las grandes hazañas de los héroes, creemos que el señor Hurtado ha estado sumamente atinado al elegir el romance como el único género á propósito para hacer que su héroe se haga popular, tal como el Cid, Bernardo del Carpio, Mudarra y otras figuras históricas de igual importancia.

Por la muestra que ofrecemos hoy á nuestros lectores, se verá que el señor Hurtado ha estudiado los mejores modelos de nuestros romances; pues aparte de la perfección que en su estructura ha alcanzado este género, el señor Hurtado procura, en cuanto le es posible, conservar el gusto de nuestros buenos poetas, dando á sus cuadros el colorido, la animación y la vida peculiares á esa forma eminentemente popular y eminentemente literaria.

Hay una circunstancia recomendable en este romance que no dejarán de notar nuestros lectores habituales, y es, que las exclamaciones de asombro que pone en boca de Hernan Cortés á la vista de Méjico, no hacen solo la apología del territorio, sino tambien la de la civilización de aquel pueblo que tal magnificencia desplegaba en sus edificios y en tal estado de perfección se mostraba á los ojos del conquistador. Digna y noble es la actitud de Motezuma ante Hernan Cortés, y digna y galante es la actitud respetuosa de Hernan Cortés ante Motezuma. El uno es el emperador de un gran pueblo, el otro es el representante de un gran monarca.

El señor Hurtado, al salirse de la esfera de lo vulgar en estos asuntos nacionales, ha comprendido que tanto mas honrado es el vencedor, cuanto mas se honra al vencido.

No terminaremos estas breves líneas sin escitar al señor Hurtado á que dé pronto á la estampa su *Romancero*, que no dudamos será apreciado en todo su valor por los apasionados á la buena literatura.

Hé aquí el romance.

ENTRADA EN MÉJICO.

Trasmontando una colina
Todo el ejército vá;
Delante los españoles,
Los de Tlascala detrás.
Cerca de doña Marina
Cabalga el bueno de Hernan,
Con el lanzon en la cuja
Y á la espalda el capellar.
Ella vá vertiendo amores

Y él la sirve con afán,
Que es ella en extremo hermosa,
Y él bizarro por demás.
Los árboles les dan sombra,
Aroma el viento fugaz,
Y los saludan los rios
Con alegre murmurar.
Los pájaros de colores
Cánticos al aire dan,
Y vierten las ricas flores
Sus perfumes al pasar.
Que tan vistoso paisaje

No lo cruzaron jamás,
Ni una muger mas hermosa
Ni mas valiente galan.
De pronto doblan la altura
Y al lejos, se ven brillar
Mil torres de filigrana
Como corona real.
— "Caballeros, caballeros,
Grita el caudillo sin par;
Aguijad vuestros corceles,
Que ya se vé la ciudad.
De plata son sus palacios,

Miradlos centellea;
 Sus campos están bordados
 Como una capa imperial.
 Ondas de fuego la ciñen
 Que deslumbran al saltar;
 Su cielo es de porcelana
 Sus campiñas de cristal.
 ¡Parece una isla de oro
 Meciéndose sobre el mar!
 ¡Oh! mis nobles caballeros!..
 Abrid ojos y mirad,
 Que bien remeda este campo
 Nuevo jardín terrenal.
 ¡Buena perla hemos hallado!
 Procurémosla ganar,
 Que en mucho, viven los cielos,
 Carlos Quinto la tendrá.—"
 Capitanes y soldados
 Muestran el gozo en la faz,
 Que á vista del bien presente
 Se olvida el pasado mal.
 Asombrados todos miran
 Aquel brillante volcan,
 Aquella ciudad de fuego
 Que ante sus ojos está.
 Tantos jardines vistosos
 De distinta variedad;
 Tanta calzada radiante
 De lustroso pedernal;
 Tanta torrecilla blanca

De forma cuadrangular,
 Y tantos esquifes sueltos
 Que el agua rizando van.
 Al cabo á lo llano bajan
 Con apostura marcial,
 Llevando en alto banderas
 Que publicaban la paz.
 Y á poco de haber llegado
 Del camino á la mitad,
 Con grande acompañamiento
 Salieron á saludar,
 El rey de Magilecingo
 Y el señor de Cuyoucan.
 Poco á poco se aproxima
 La nobleza principal,
 Y concurso numeroso
 Que hierve en curiosidad.
 De pronto las densas masas
 Corren de aquí para allá,
 Y se estrechan y se apiñan
 Como avispas en panal.
 Que cercado de su córte
 Motezuma sale ya,
 Sobre unas andas de oro
 Que parecen un fanal.
 Mil servidores le siguen
 Sujetos á su mandar,
 Con quitasoles de plumas
 Y copillas de coral,
 Perfumando su camino

Con esencia de azahar.
 Un manto cubre sus hombros
 De ondulante tafetan;
 Una corona de perlas
 Ciñe su sien imperial;
 Sus chapines son de oro
 Que relumbran sin cesar.
 ¡Bien corresponde tal pompa
 Con tan alta magestad!
 Al mirarlo Hernán, se arroja
 De su valiente alazan:
 El emperador galante
 Baja también del sillar,
 Y uno y otro se saludan
 Con noble cordialidad.
 Inclínase Motezuma
 Con soberano ademan,
 Y entonces Cortés bizarro
 Le pone al cuello un collar
 Hecho de finos diamantes
 De las minas de Ceylan.
 Ufano con tal presente
 El rey la mano le dá,
 Y amigos la vuelta toman
 De la hermosa capital
 Entre los vivos del pueblo
 Y el estruendo militar.

ANTONIO HURTADO.

LAS SIRACUSANAS

ó SEA

LAS FORASTERAS EN LA FIESTA DE ADONIS.

Idilio de Teócrito, traducido directamente del texto griego.

GORGON.	HOMBRE 1º
PRACSIÑO.	HOMBRE 2º
UNA VIEJA.	UNA CANTORA.

GORGON.

¿Pracsinó está?

PRACSIÑO.

¡Gorgon querida!

¡Sí estoy; ¿mas cómo tal tardanza?
 Extraño que á esta hora hayas venido.
 Eunoá, una silla y una almohada.

GORGON.

Muy bien, muy bien pensado.

PRACSIÑO.

Toma asiento.

GORGON.

A fuerza de tener de acero el alma,
 De tal tropel de gente, Pracsinó,
 Y de tantas cuadrigas llego salva.
 Vieras qué de sandalias, qué de clámides
 Obstruyen esas calles y esas plazas;
 Luego el piso tan malo, y para colmo
 Vives aquí tan lejos de mi casa.

PRACSIÑO.

¿Qué quieres? aquel loco al fin del mundo

Me ha alquilado esta cueva por posada,
 Porque no estemos cerca, y por su empeño
 De llevar ¡mala peste! la contraria.

GORGON.

Tales cosas, amiga, no me cuentas
 De Dinon tu marido, ¿no reparas
 Que está el niño presente? Mira, mira
 Cómo escucha y en tí los ojos clava.

PRACSIÑO.

Zopiro, ¿cómo aquí? Anda, ve y juega.

GORGON.

¡Sí, hijo, de papá no hablamos nada.
 (Es listo por mi fé); papá es bonito.

PRACSIÑO.

Pues bien, aquel papá de que te hablaba,
 Antes de ayer marchó (fresco es el lance)
 A comprar á la tienda, ¿y hay tal rabia?
 En vez de nitro y fuco, sal me trajo,
 Hombre con trece codos de fachada.

GORGON.

¿Y donde dejas á mi buen Dioclidás?
 ¿A ese derrochador? Por siete dracmas
 Ayer mismo compró cinco vellones
 Como pelos de perro; es una lana
 Que han arrancado de zurrónes viejos,
 Tan sucia toda, en fin, todo una lástima.
 Uno sobre otro afán. Mas ea, el justillo,
 El manto luego y á emprender la marcha
 Al palacio del gran rey Ptolomeo
 A ver á Adonis: dicen que prepara
 Esta fiesta la reina con tal lujo...

PRACSIÑO.

Al rico la opulencia le acompaña.

GORGON.

Bien tendrás que contar al que no vea...
Mas ya es hora de ir.

PRACSINOA.

Para quien nada
Tiene que hacer, es siempre día de fiesta.
Eunó, pon otra vez la palancana.
¡Remolona! los gatos, qué bien dice
El refran, buscan siempre cama blanda.
Lista, lista, el agua es lo primero:
Y ahora el jabon me trae, vaya en gracia;
Dame uno y otro: echa; no echas mucha:
Que me mojas la ropa, torpe, basta:
Es que estaba de Dios seguramente,
Y me has puesto muy bien, muy bien regada.
Y dime ¿se extravió? ¿Qué es de la llave
Del cofre grande? tráela sin tardanza.

GORGON.

¿Sabes que te está bien ese vestido?
¿Qué te costó la tela?

PRACSINOA.

¡Ay! Gorgon, calla.
De plata me costó mas de dos minas; (1)
Pero en la obra que lleva apuré el alma.

GORGON.

No obstante, te salió que ni pintado.

PRACSINOA.

Eso sí que es verdad. Pero muchacha.
El manto ponme luego, el sombrerillo
Ajústamelo bien, que esté con gracia.
Hijo, á tí no te llevo: que un caballo,
¡Ay qué miedo! vá dando tarascadas.
No quiero te estropeen. Lloro, sí llora.
Con que marchemos. Frigia, á ver si acallas
A ese niño lloron; la perra adentro
Y la puerta del átrio bien cerrada.
—¡Dioses! ¡qué confusión! ¿cuándo ni cómo
Es posible cruzar? Pues si eso pasma,
Hay gente como hormigas. Sin disputa
Desque murió tu padre, mil hazañas
Dignas has acabado ¡oh Ptolomeo!
Hoy al viajero el malhechor no asalta,
Como era ya costumbre en todo Egipto.
Hoy no se ven jugar como jugaban
A los juegos vedados los tahures
Pendencieros. ¡Mas ay! hácia acá avanza
El escuadron del rey. ¡Gorgon querida!
¿Qué va á ser de nosotras? ¡Desdichadas!
No me pises, buen hombre.... ese caballo
Se enhiesta: ¿has visto tú cosa mas brava?
Eunó, ¿y no huirás? ¡Perra atrevida!
Sobre que va á matar al que cabalga.
Cuánto gané dejando dentro al niño.

GORGON.

Respira, Pracsinoá; ten confianza.
Ya todo el escuadron pasó delante;
Segun la direccion van á la plaza.

PRACSINOA.

Ay! ya me empiezo á reponer: dos cosas
Me causaron horror desde la infancia,
Caballos y culebras; mas corramos:
Sobre nosotros el gentío carga.

GORGON.

Eh! madre, ¿quiza vienes de palacio?

UNA VIEJA.

De palacio, hija mia.

GORGON.

Y bien, la entrada

¿Es cosa fácil?

VIEJA.

Los Aqueos en Troya
Penetraron á fuerza de constancia.
Poniendo empeño se consigue todo,
Hermosísima jóven.

GORGON.

Ya la anciana
Escabullóse pronunciando oráculos.

PRACSINOA.

Todo lo saben las mujeres, hasta
El cómo Jove se casó con Juno.

GORGON.

Mira la muchedumbre allí agolpada
En torno de las puertas.

PRACSINOA.

Gorgon, dame,
Dame la mano: tú, Eunó, afianza
La de Eutiquida (2): tú á ella,
Para que no te pierdas, ve pegada.
Todas entremos á la vez: Eunó,
A nosotras agárrate con alma.
¡Infeliz! mi vestido en dos girones.
Por Dios, buen hombre, seas dichoso; guarda
Mi manto.

HOMBRE 1º

No está en mí; pero no obstante
Guardarélo.

PRACSINOA.

¡Qué gente, y qué apiñada!
Si empujan como cerdos.

HOMBRE 1º

Respiremos;
En seguro ya estamos.

PRACSINOA.

Oh! bien hayas
Ahora y en adelante, buen amigo,
Pues tan benigneamente nos amparas.
Pero esta Eunó que nos tiene en prensa.
Miserable de tí; empuja.... avanza....
¡Qué lindo! todas dentro, dijo el otro
Cen la novia encerrándose.

GORGON.

Ven, anda,
Contempla lo primero estos tapices.
¡Qué cosa tan graciosa y delicada!
Si parecen ropajes de los dioses.
¿De cuáles, oh Minerva soberana,
De cuáles bordadoras y pintores
Son pinturas tan fieles y acabadas?
¡Las figuras qué sueltas se revuelven!
¡Con qué verdad y fuerza se destacan!
Sabio es el hombre, sí; nadie diría
Que obra de mano son, sino animadas.
Mira á Adonis, al muy querido Adonis,
A quien en los infiernos tambien aman:
¡Cuán admirablemente está acostado
En su lecho magnífico de plata!

(1) Moneda griega.

(2) Probablemente criada de Gorgon.

¡Mira cómo le apunta el primer vello!
¡De sus sienes con cuanta gracia arranca!

HOMBRE 2º

Basta ya, majaderas; como tórtolas
Charlando están mil cosas sin sustancia.
Y luego ese decir, la boca abierta (1),
Es cosa que los tímpanos taladra.

GORGON.

Que me place: ¿de dónde salió este hombre?
¿Qué te importa si somos charlatanas?
A quien des de comer, ordena: ¿acaso
En las que son de Siracusa mandas?
Sabe que oriundas somos de Corinto,
Del gran Belerofonte noble patria:
La lengua hablamos del Peloponeso,
Que en dorio sin rubor los dorios hablan.

PRACINOÁ.

Y yo puedo jurar por Proserpina
Que aun está por nacer quien sus esclavas
Nos llame, y además siendo uno solo
De él nada temo.

GORGON.

Pracinoá, calla.
La hija de la Argiva, la tan hábil
Poetisa que la palma se llevara
Cantando de Sperkin la oda fúnebre,
A Adonis va á cantar, lo hará con gracia:
Estoy segura dello: atiende, atiende
Que grave y satisfecha se prepara.

UNA CANTORA.

¡Oh Venus hermosa! ¡oh reina del mundo!
Que el Golgos é Idalis te dignas amar.
Que el Erice habitas, y excelsa y potente
Con juegos de oro te place jugar!
¡Oh Venus la triste! á Adonis tu amante
¡Qué hermoso á tu lado hoy vuelves á ver!
Al año cumplido le traen del Averno
Las horas calladas de dulce correr.

Las horas tardías que amaron los dioses,
Las horas calladas que el hombre anheló;
Que pasan y vuelven trayendo á los hombres
Sus nuevos presentes de dicha y dolor.

¡Oh Cipria Diónea! la que á Benerice
Colmaste de gracias, pues siendo mortal,
Segun nuestro mito, celeste ambrosía
Goteando en su seno, hiciste inmortal.

Su hija, Arsinoá, imagen de Helena,
A tí la de nombres, la de templos mil,
A tí agradecida, ofrece á tu Adonis
Con tierno cuidado regalos sin fin.

De cuanta en sus copas los árboles crian,
Dulcísima fruta cogida en sazón
En lindos fruteros de plata labrados,
Del lecho de Adonis presenta en reedor.

Y en vasos dorados de puro alabastro
Ungüentos de Siria le lleva también;
Y buenos manjares le apresta mezclando
Con flores y aceite la harina y la miel.

Con caza del monte, con caza del viento
A Adonis regala regalo el mejor,
Y bellos templetes de eneldo le labra,

(1) Se alude al dialecto dórico usado en Sicilia, Peloponeso, etc., en el cual se hacia frecuente uso de la vocal *a*. Habiendo de escribir Teócritos este idilio en aquel dialecto, eligió acertadamente por interlocutoras á sus conciudadanas.

De sombra apacible, de grato frescor.

Y bajo del verde y espeso techado
Con suave susurro cupidillos cien,
Cual tiernos polluelos que ensayan sus alas,
De una en otra rama saltando se ven.

El ébano abunda; allí abunda el oro
En raras labores de ingenio sutil,
Y al bello copero de Jove llevando,
Las águilas vuelan de blanco marfil.

Riquísimos paños de púrpura penden
Que Sámos, Mileto pasmáranse al ver.
Dos lechos adornan, el uno es de Venus,
El otro del jóven hermoso doncel.

Su boca divina, sus labios de rosa
No sienten el beso, ni pueden besar.
Ten hoy á tu esposo, adios, bella Cipria,
Disfruta á su lado tranquilo solaz.

Que así que despunte mañana la aurora,
Y el fresco rocío se sienta caer,
Con él marcharémos del mar á la orilla
Do el agua y la espuma nos salte á los piés.

Y suelto el cabello, flotando á la espalda
Las ropas abiertas y sin ceñidor,
Los pechos desnudos, allí alegraremos
Con nuevos cantares al bello garzon.

¡Adonis querido! tú vas al averno,
Y luego á los hombres tú puedes volver.
Tú solo ¡oh ventura! de los Semidioses
Alcanzas la dicha y el alto poder.

Los héroes te envidian: no es tanta la gloria
De Ajax furioso, ni de Agamenon,
No es tanta la gloria del Héctor troiano
De Hécuba la triste el hijo mayor.

No es tanto Patroelo, ni tanto fué Pirro
Aquel que de Troya lograra tornar;
Ni tanto los bravos antiguos Lapitas,
Que fieros centauros supieron domar.

No es tanta la gloria de los Deucaliones.
También los Pelasgos envidian tu honor,
Aquellos que fueron del Peloponeso
Y de Argos origen y eterno esplendor.

¡Adonis querido! pues hoy nos visitas,
Amante nos mira, propicio también,
Y dentro de un año volviendo á nosotras,
Felices, contentas nos tornes á ver.

GORGON.

¡Oh! qué mujer tan hábil, Pracinoá.
Prodigio es de saber: ¡qué dulce canta!
Dichosa es sin igual; pero marchemos,
Que Dioclidás está sin tomar nada.
Es vinagre todo él, y está hambriento,
Guárdate de ponerte cara á cara.
Adonis, sé feliz, y vuelve, vuelve
A las que hoy te saludan y te aman.

GENARO ALENDA.

REVISTA DE MADRID.

MES DE ENERO.

SUMARIO.—Funciones de Navidad.—Cuestion pendiente y resuelta.—Mas funciones.—Siguen las de Navidad.—Premios al mérito.—Obras nuevas.—Asesinato.—Suicidio.—Llegada de dos príncipes y tres artistas.—Para un roto un descosido.—Adios.

Los teatros han estado muy animados desde mi

última revista y especialmente con motivo de las fiestas de Navidad, las cuales han sido siempre un rico filon para los empresarios y un paréntesis para nuestra literatura. Sin embargo, en el año 1858, si bien no se ha desmentido lo primero, no todos los teatros nos han ofrecido producciones propias de dichas fiestas, es decir, faltas de sentido comun, á despecho de algunos que compraron un billete con el único objeto de reirse hasta por los codos.

En Jovellanos nada nuevo se puso en escena: bien es verdad que, para el teatro de la zarzuela todos los dias son pascuas. En Novedades se representó el juguete cómico *Desdichas de Timoteo*, arreglado á la escena española por el Sr. García González, el cual fué bastante aplaudido: en el Príncipe lo fué extraordinariamente el drama del Sr. Eserich titulado *El cura de aldea*; y en el Circo *hicieron reir* las dos comedias estrenadas y que llevan por título 33.333 reales y 33 céntimos por dia, y *Por ser ella sin ser ella*.

Pero de todas estas producciones la que mas ha llamado la atencion ha sido *El cura de aldea*, obra llena de moral y de pureza evangélica, que abunda en situaciones tan tiernas é interesantes que no pueden menos de conmovir el corazon mas duro y despreocupado: distinguéronse en su egecucion los Sres. Valero y Ossorio (D. Fernando), el primero en su papel de cura y el segundo en el de sacristan.

Y á propósito de *El cura de aldea*, voy á decir algo de la cuestion pendiente entre su autor Sr. Eserich y el autor de la *Oracion de la tarde*, Sr. Larra, y ya arreglada de un modo satisfactorio.

Los árbitros nombrados para resolverla han declarado: que ambas obras son entre sí distintas en la disposicion del plan, en los caracteres y principales incidentes, aunque así en la una como en la otra se usa de un mismo recurso dramático para producir el desenlace, recurso que ambos autores han podido muy bien emplear sin tomarlo el uno del otro, como consecuencia de la índole y del objeto moral en que las dos obras asimismo convienen. Los interesados han declarado por su parte que no han contribuido ofensiva ni deshonrosamente á las voces que han dado lugar á la querella y que, al aceptar la opinion de sus compañeros, deponen en aras de la razon y de la justicia sus resentimientos personales, como cumple á escritores que exaltan en la escena *el perdon de las injurias* y el amor al prójimo.

Posteriormente se han estrenado gran número de piezas que reseñaré brevemente, porque si nó toda mi revista se reduciría á hablar de teatros.

Romea puso en el Circo para su beneficio la última produccion del feundo Serra, cuyo título es *La calle de la Montera*: su éxito fué mediano, pues aunque el primer acto es interesante, los otros dos son en extremo lánguidos, y por consiguiente el drama va en descenso. La pieza en un acto estrenada la misma noche con el título *Las lágrimas del cocodrilo*, fué estrepitosamente silbada.

El Príncipe ha puesto en escena *La aurora de la fortuna*, drama original de D. Fernando Osso-

rio y que ha alcanzado un éxito muy lisongero, así como la comedia en un acto del Sr. Nuñez de Arce, estrenada últimamente con el título de *¿Quién es el autor?*

En Novedades se han estrenado tres producciones con mediano éxito: *Quemar las naves*, del Sr. Berzosa; *Culpa y castigo*, del Sr. Pinedo; y *Avaricia y despilfarro*, que es uno de tantos arreglos del infatigable Sr. Olona.

En el Real se ha cantado con gran éxito *I Puritani* por la Kennhet, Giadini, Bartolini y Llorens; y la compañía francesa que trabaja en Variedades, ha proporcionado ratos deliciosos al público con su gracioso y original *vaudeville Les folies dramatiques*.

En el teatro de la Cruz y á beneficio de la casa de misericordia de Santa Isabel, se han dado muchas representaciones de las escenas del *Nacimiento del Hijo de Dios*, por una compañía de niños de ambos sexos dirigidos por los señores Valdemosa y Ugalde.

La Junta de señoras, que preside dicho establecimiento, ha coadyuvado al mayor brillo de estas funciones, vistiendo con el mayor esmero á los inocentes actores, quienes ejecutaron con una perfeccion sin igual los bailables, la pantomima y el canto, que adornaron é hicieron agradable el espectáculo.

SS. AA. el Príncipe D. Alfonso y la Infanta D^a Isabel han asistido varias veces á estas representaciones: SS. MM. acompañaron tambien á una á sus augustos hijos, y en uno de los intermedios se dignó S. M. el Rey bajar al escenario, donde estuvo viendo á los niños y prodigándoles elogios con la mayor amabilidad.

Tambien en las habitaciones de S. M. la Reina se ha colocado un Nacimiento notable, obra de varios y distinguidos artistas. La parte de direccion en la pintura fué confiada por S. M. á D. Bernardo Lopez á quien se asoció el Sr. Llox; y la de escultura corrió á cargo del primer escultor de cámara Sr. Piquer. Las figuras de cera, regalo del Sr. Conde de Jala y las lindísimas esculturas del Sr. Piquer, unidas á lo delicado del paisaje, hicieron de la obra espuesta en las habitaciones de S. M. un objeto precioso del arte.

Los salones han estado animadísimos con motivo del nacimiento del niño Dios: particularmente los de la Sra. Condesa viuda de Montijo que celebró la Noche-buena, como lo hace todos los años, convidando á cenar á una brillante y numerosa concurrencia. Para hacer mas agradable y entretenida la funcion, habia hecho ensayar varias piezas de música, ya adecuadas á la festividad del dia, ya alegres y todas graciosas y festivas. Cantóse el *Noel de Adam* y la serenata de la *Espada de Bernardo* por el Sr. Inzenga acompañado de coros: el aria de *Dulcamara*, en castellano, por el señor Murillo, tambien con coros; el de las monjas de *El Dominó negro*; uno de *El caballero particular*; otra composicion en esdrújulos, alegórica á la Noche-buena, igualmente con coros; el de los *Pollos* y otras varias canciones españoles. Los señores

Iradier é Insenga acompañaban y dirigian las piezas de música, tocando el piano y el órgano armónico y una multitud de instrumentos pastoriles, como panderetas, chicharras, triángulos, zampoñas, castañuelas, guitarras y bandurrias, que aumentaban con sus estrepitosos sonidos la alegría y el alborozo. Tomaron parte en los coros las señoras duquesa de Alba, condesa de Riomolinos y señora de Prendergat, y las señoritas de Albear, de Fuentes, de Roca de Togores, de Inglis, de Cueto y de Iradier y de una infinidad de caballeros. La cena, como puede suponerse, fué en extremo delicada y abundante y extraordinarios el contento y la animacion de la fiesta que terminó cerca de las cuatro.

Pero hablemos ya de cosas mas graves: hablemos de premios al mérito.

El día 2 tuvo lugar el acto de adjudicar los premios á los autores de las obras literarias presentadas á la Biblioteca nacional, resultando digno de adjudicarse el segundo premio al autor del manuscrito titulado *Bibliografía paliográfica de las Iglesias y monasterios de España*, que lo era D. José Eguren.

El día 16 se verificó tambien la distribucion de premios de las escuelas elemental y superior, resultando premiados quince niños de la escuela superior y veinte y dos de la elemental, los cuales recibieron de mano del Excmo. Sr. Ministro de Fomento los diplomas de sus premios, y despues se les fueron entregando los objetos que constituian estos, que consistieron en trages completos de paño para los mas pobres y aplicados, en prendas de trage de gimnasia y en libros con sus nombres escritos en letras de oro á los no tan pobres. El Sr. Marqués de Corvera quiso vestir á dos de los niños mas necesitados, y les fueron asimismo entregados sus trages en el acto.

No menos brillante fué la funcion lírico-dramática que tuvo lugar en la noche del mismo dia en el Conservatorio de música y declamacion para la solemne distribucion de premios. Una escogida y numerosa concurrencia en que que se contaban algunos ministros de la corona, el cuerpo diplomático extranjero, nuestra aristocracia y muchas de nuestras notabilidades literarias y artísticas, llenaba el lujoso teatro del Conservatorio profusamente iluminado y decorado con el mas esquisito gusto. SS. MM. se presentaron en el salon á las diez siendo acogidas con las muestras del mas vivo interés. S. M. la Reina, que vestia un trage de etiqueta é iba cubierta de diamantes, distribuyó los premios por su mano, dirigiendo á cada uno de los alumnos premiados, palabras llenas de amabilidad y de gracia. Despues SS. MM. pasaron al *buffet* que se les tenia preparado, volviendo á poco al salon donde presenciaron la representacion de *La niña boba* que agradó mucho á nuestros reyes. S. M. felicitó varias veces al Sr. D. Ventura de la Vega por el brillante estado del establecimiento, retirándose muy complacida á eso de las dos de la madrugada.

Ha visto la luz pública la segunda edicion de las *Obras poéticas* del Sr. Marqués de Molins. En-

FEBRERO.

tre las que ha añadido en este nuevo libro, merece notarse la epístola dirigida á las damas de honor y mérito, ofreciéndolas el conocido libro de las *Cuatro Navidades*, que ha producido ya á los pobres espósitos mas de 10.000 reales.

Otra nueva y muy importante obra debida á la pluma de nuestra colaboradora la señora Sinués de Marco, anuncian los periódicos de la corte: ved aquí copiado á la letra lo que dicen *La Correspondencia autógrafa*, *El Leon Español*, *La Monarquía* y *La Independencia Española* con respecto á este libro.

—“EL CETRO DE FLORES. Este es el título de una nueva obra que está concluyendo la señora Doña María del Pilar Sinués de Marco, á cuya brillante pluma debe la literatura pátria gran número de lindísimas novelas y el libro titulado *La Ley de Dios*, del que han aparecido ya cuatro entregas. La jóven y fecunda escritora, que tan noblemente emplea su talento, dedica su nueva obra á S. A. el Príncipe de Asturias en los siguientes términos:

—“Dios ha dado á V. A. R. un cetro de oro, y yo le ofrezco otro de aromadas flores, cuyo artífice ha sido el mismo Dios, porque las misericordias son las únicas flores que descienden del cielo para embalsamar el trono y el camino de los Reyes. Once Alfonsos, señor, han ocupado el sόlio de la augusta madre de V. A. R.; entre ellos, Alfonso el Católico, Alfonso el Casto, Alfonso el Sábio, y Alfonso el Batallador: yo quiero, señor, poner cuanto esté de mi parte para hacer de V. A. R. Alfonso el MISERICORDIOSO, pues este título le conquistará un rico caudal de bendiciones en la tierra y en el cielo otra corona eterna.”

“La señora Sinués de Marco ha escrito su nuevo libro haciendo una interesante leyenda de cada una de las obras de misericordia, como ha hecho con los preceptos del Decálogo al escribir *La Ley de Dios*.”

Nada quiero añadir á lo que ha dicho la prensa de la corte acerca de *El cetro de flores*, y paso á manifestaros que la señorita Moreno Morales, simpática y dulce poetisa granadina, ha sido recibida en audiencia por SS. MM., quienes le han manifestado deseos de que se haga una edicion de sus obras bajo su Real proteccion.

Dos grandes desgracias han consternado estos dias á los habitantes de Madrid, y por cierto que quisiera pasarlas en silencio para no contristaros, pero entonces mis amadas lectoras, haria una revista incompleta.

El martes 18 por la noche fué asesinada en la calle del Rio, una criada cuyo amo parece se hallaba en Aranjuez. Los asesinos se llevaron mil reales en metálico. El crimen se cometió mientras una gran música alborotaba la calle.

Un jóven, ventajosamente conocido en la república de las letras, ha atentado uno de estos últimos dias contra su vida en el camino de la fuente Castellana, clavándose un puñal en el pecho. Los médicos dan muy pocas esperanzas de vida, si bien esperan mucho de una naturaleza de 19 años.

11

Nadie sabe los motivos que le han inducido á cometer tan terrible atentado, llevado á cabo en un momento de estravío.

Pero hablemos de cosas mas agradables, sobre todo para los habitantes de la coronada villa.

SS. AA. los Príncipes de Baviera entraron el día 5 en esta corte á las 2 de la madrugada. SS. MM. con todos los ministros acudieron despues de media noche al ferro-carril á esperar á sus augustos hermanos. Los Príncipes salieron de Albacete á las siete menos cuarto de la tarde y llegaron á Aranjuez á las doce y media de la noche; y en la estacion fueron recibidos por el alcalde corregidor, saliendo inmediatamente para esta corte. Los Ministros acompañaron á SS. MM. y AA. hasta palacio, de donde se retiraron á las tres de la madrugada. Al partir de Albacete S. A. la Infanta perdió una cruz de brillantes de la pulsera, pero fué hallada y remitida á Madrid. Los Reyes han acogido con toda la efusion de su acendrado cariño á sus hermanos que vienen á residir por largo tiempo entre nosotros. La Infanta doña Amalia, que se halla embarazada solo de cinco meses, piensa permanecer en Madrid hasta que se realice su parto, pues SS. MM. se proponen ser personalmente los padrinos del primogénito de su hermana.

Tambien llegaron á esta corte el último día del año la célebre actriz Doña Matilde Diez y los distinguidos actores D. Manuel y D. Juan Catalina: el primero está ya ajustado como primer actor en el teatro de Novedades: en cuanto á la Sra. Diez se asegura que va á dar cuarenta representaciones en el teatro del Circo por cada una de las cuales percibirá 2.000 reales.

No me atrevo á empezar á hablaros de *soirées*, *conciertos*, bailes y reuniones porque seria cosa de nunca acabar.

Quiero hablaros sin embargo del original convite ofrecido al Sr. Salamanca, y cuya invitacion recibió este hallándose dando otro convite en su palacio, escrita en espirituales y correctos versos.

Decia así:

SOBRE.

Carta cariñosa y franca—que escriben con efusion—doce *hombres de corazon*—á—don José Salamanca.

CARTA.

Nos, los abajo firmantes,—muchachos de porvenir,—que se acaban de reunir,—con dos pesetas sobrantes:—Viendo á usted pasar la vida,—pródigo siempre y fecundo,—convitando á todo el mundo mientras nadie le convida:—Viendo que es su corazon—raudal que nunca se agota,—y mas beneficios brota—cuantos mas ingratos son:—Queremos, aunque sin blanca—nos halle el 20 de Enero,—gastarnos aquel dinero—con don José Salamanca.—Comidas de á dos pesetas—no son malas don José;—tendremos sopa *puré*—y una entrada de *chuletas*.—Nos darán frito de sesos,—y entre platos no sencillos—rábanos y pepinillos,—manteca.... y otros escesos.—Y porque tiemble

la *union*,—á quien ya dimos que hacer,—cuando toquen á beber—será vino *Peleon*.—Iremos, aunque se alarmen,—los que rijen el pais,—á la *fonda de Paris*,—sita en la *calle del Cármen*.—Preséntese usted contento,—sin temer una emboscada;—que nada debemos, nada,—en dicho establecimiento.—Allí á las seis de la tarde—el sábado nos reunimos;—vaya usted, se lo pedimos,—y el que le busque que aguarde.—No tema usted que la crítica—con nosotros se entrometa,—que ni es reunion de etiqueta—ni se hablará de política.—Y piense que en esta accion—no va, como en otras ciento,—detrás del ofrecimiento—oculta la peticion.—Que el favor de mas valía—que usted puede dispensarnos,—es solamente el de honrarnos—con su grata compañía.—Favor que con mil amores—esperan de usted rendidos,—sus constantes, decididos—y seguros servidores

Federico Luis de Henales.—Ramon Rodriguez Correa.—Manuel del Palacio.—Luis Rivera.—Francisco A. Barbieri.—Santiago Infante de Palacios.—P. Ramos.—M. Martos Rubio.—Cosme Algarra.—Eugenio de Vera.—José Belart.—Cárlos Frontaura.

POSDATA. Si por acaso—no nos puede acompañar,—dénos cuenta del fracaso;—porque el paso de esperar,—ha sido siempre un mal paso.

Acto continuo uno de los escritores (1) que se hallaban en la reunion del señor Salamanca, redactó la siguiente contestacion, que fué aprobada por todos los circunstantes.

SOBRE.

Con lábios agradecidos—cual su arrogancia merece,—á los *doce* consabidos,—les besa la mano el *trece*.

CONTESTACION.

Acepto con gran placer—vuestra franca invitacion,—y así podremos saber—lo bien que saben comer—los *hombres de corazon*.—Comeremos: y ese día,—en dulce fraternidad,—brindaremos á porfia—unós por la *monarquía*—y otros por la *libertad*.—Y si el conjunto total—de estos brindis fraternales—no hace una *union liberal*,—revelará, pese á tal,—una *union de liberales*.—Y á todo aquel que no acierte—cómo á invitacion tan franca—corresponderé... se advierte—que avive el seso, y despierte,—y que estudie en

SALAMANCA.

El convite, ofrecido y aceptado en los términos que acaban de ver mis lectores, se verificó el sábado 15 en la fonda de Paris, con todas las circunstancias anunciadas en el programa, y reinando el buen humor característico de los anfitriones, al cual correspondió el señor Salamanca con la mas franca amabilidad.

(1) Dicese que el Sr. Campoamor.

Tengo que dejaros ya, lectores míos, porque se ha hecho demasiado larga esta revista: ¡es la vida de Madrid tan variada, tan bulliciosa!.

Para ir á buscar alguna anécdota, que os divierta el mes que viene, se despide de vosotros por hoy

PAMELA.

A LA QUERIDA MEMORIA
DE
DON FÉLIX DE UZURIAGA.

No temas, no, si á tu sepulcro llamo,
La paz turbando de sus tristes lares,
Que, profana mi voz, alce cantares
Indignos de los dos, sombra á quien amo.

Clamo, es verdad, de lo profundo clamo
De mi apenado corazón, á mares
Bebo el néctar fatal de los pesares,
Lágrimas sobre lágrimas derramo.

Mas ay, hermano, si mi voz te llama,
No es falta de valor en tanto duelo,
Ni cobarde dolor porque te has ido;

Mas santa sed mi corazón inflama,
La fé tan solo de tu muerte anhelo,
Solo la paz de tu sepulcro pido.

ELADIO MINA.

MÚSICA CELESTIAL.

En tiempo no muy lejano,
ví á Belisa y la admiré:
mas tarde me amó, la amé
y quise darle mi mano.

Mas viendo que majadero
su padre no me adoraba,
porque, lector, me faltaba
para casarme dinero.

Le dije en una ocasión
á Belisa: "por ahora
tan solo puedo, señora,
brindarte mi corazón.

Cásate pues, si riqueza
llega á ofrecerte algun hombre,
porque yo solo mi nombre
darte podré y mi nobleza.

Y tú debes comprender
que un escudo, amada mía,
podrá dar mucha hidalguía,
mas nunca dió de comer.

Por eso, si venturosa
cruzar te place la vida,
olvidame pues y olvida
tus ilusiones, hermosa.

Corre, sí, tras la ficción
de ese mundo y de esa gloria,
mientras guardo tu memoria
oculta en el corazón."

Belisa oyó mi relato
y despues de un breve instante
me apellidó de inconstante,
apellidóme de ingrato.

Jamás voluble mudanza,

mi amada niña decia,
podrá hacer que olvide un día
al iris de mi esperanza.

Y de nuevo nuestro amor
por breve tiempo eclipsado,
unióse como impregnado
vive el perfume en la flor.

Dos meses así pasaron,
y al tercero, voto al Cid,
Belisa se fué á Madrid,
mi novia se la llevaron.

Y aunque mucho la adoraba,
la noche de su partida,
ví á Olimpia y con fé rendida
á Olimpia mi amor juraba.

Escrita con gran primor,
á la semana hallé un día
una carta que decia;
"hoy concluye nuestro amor."

Dirá usted que soy coqueta,
pero amigo, no se asombre,
he hallado en Madrid un hombre
por quien perdí la *chaveta*.

Dos noches há que le hablé
y desde aquella ocasión,
él me robó el corazón,
yo el corazón le robé.

Muy pronto seré dichosa,
porque tenga usted entendido
que él quiere ser mi marido
y quiero yo ser su esposa.

Y aquí acabar me precisa;
ya sabe usted que otro ente
tiene en sus ojos pendiente
el corazón de,

Belisa.—

La carta ansiosa guardé
y desde aquella ocasión,
ni presto mi corazón,
ni nunca le prestaré.

Porque en el siglo en que estamos,
jamás lo olvides, lector,
lo que es en lances de amor,
iniciuos nos engañamos.

Y en mí, aunque mucho os asombre,
habreis podido aprender,
hombres, lo que es la mujer;
mujeres, lo que es el hombre!

ABEN-KADIL ALMANZOR.

LA ESPERANZA.

(EN TI...)

Para recitar al piano.

Juventud; frágil góndola henchida
De ilusiones de amor y de azahares,
¿Por qué surcas el mar de la vida
A los ecos de alegres cantares?

Turbias nieblas el ancho horizonte
Oscurecen de tu porvenir,
Y el océano enrespado, cual monte,
Tu esperanza contigo vá á hundir.

¡Ay! que crujen tus lados batidos
Al oleaje de ruda pasión,
Y doblega tus mastes erguidos
El aliento del raudo aquilon.

Ya se pierde tu antena en el cielo,

Ya al humbrío profundo resbalas,
Mientras cierne en las nubes el vuelo
La tormenta, batiendo sus alas.

Ya en tus vergas el rayo serpea,
Y en el cénit el trueno retumba,
Ya te cubre la hirviente marea
Y te arrastra del mar á la tumba.
¡Juventud! la ventura que anhelas
No persigas con loca arrogancia:
Ten el rumbo, recoge tus velas:
Vuelve al puerto feliz de la infancia.

No: que vaga entre la bruma
Blanca nube en lontananza
De las ondas en la espuma
Y esa nube es mi esperanza:
Ténue gasa trasparente,
Que predices la bonanza,
Sé la aureola refulgente
Que corone mi esperanza.
¿Qué me importa el porvenir,
Si hácia mí la nube avanza,
Y tras ella veo lucir,
Cual lucero, mi esperanza?
Salve estrella que al nacer,
Viertes luz de bienandanza!
Salve tú, bella mujer,
En quien pongo mi esperanza!

LA ESPERANZA.

(EN DIOS.)

JACULATORIA.

Traducción literal del francés.

Nada hay mas dulce aquí que la esperanza,
Cuando llenos de fé nos prosternamos
Ante nuestro buen Dios, y pronunciamos
La palabra *perdon*. El sin tardanza
Templa entonces sus iras, y nos abre,
Cual clementísimo padre,
Las puertas de la eterna venturanza.

Mas piensa, pecador, en tu flaqueza
Que el eco de su voz que dice *espera*,
Repite con presteza:

"No vuelvas á pecar y tu alma muera."

Nuestra esperanza en Dios solo cifremos
Y auxilio en la aflicción siempre hallaremos.

LUIS DEL BARCO.

LA VILLA Y CÓRTE.

Madrid que tanto presumes
De ser la córte de España
Y que luces tu corona
Con apariencias bizarras;

Poblacion que con orgullo
Ostentosa te levantas
Entre pleonasmos de vigas
Y paródias de murallas;

Villa, en fin, que con ser villa
Tus excelencias proclamas
(Pues hay muchas excelencias
Que lo son por ser villanas);

¿Por qué razon en el siglo
Diez y nueve en que te hallas
No renuncias para siempre
A ciertas antiguas mañas?

Deslumbrando á los incautos
Que se fian de tu fama,
Brindas placeres á todos
Y les ofreces posada.

Mas ¡ay de aquel que tu abrigo
Triste busca en hora infausta,
Traiga ó no traiga la bolsa
Bien repleta de medallas!

Para el pobre tienes cepos,
Para el rico tienes trampas,
Para el inocente engaños,
Para todos esperanzas.

Desde el grave diputado
Noble padre de la patria
Que vota con el gobierno
Y pide turrón por varas,

Hasta el astur ignorante
Que abandona su comarca
Y al hombro lleva su cuba
Que es su eterna cruz... de agua;

Todos buscan en tu centro
Lo que rara vez alcanzan,
Ora sea una cartera
Ora una fusta dorada.

Verdad es que hay asturiano
Que el alto pescante alcanza
Y oradores sempiternos
Que un ministerio se calzan.

Es verdad que mas de cuatro
Quemando incienso en las aras
Del becerro de oro, al cabo
Se hacen hombres de importancia.

Es muy cierto; pero en cambio
¿Cuántos en tí no naufragan
Perdiendo salud, dineros
Y aun la ventura del alma?

Debajo de tus vestidos
Es tal la lepra que guardas,
Que fuera empresa difícil
Ir descubriendo tus llagas.

Entre esa turba infinita
Que por tus calles y plazas
Bulle inquieta, indiferente
Y al parecer se solaza,

Hay seres, y no son pocos
Cuyas horribles desgracias
Componen toda una historia
De infortunios y de lágrimas.

Por todas partes que miro
Suelo encontrar añagazas
Y entre un mundo de mentiras
La verdad perdida anda.

Desde el inmundo garito
Hasta la sala alfombrada
Van tus tahures de pega
Jugando con dos barajas.

De *gorrones* gorrones
Acuden sendas bandadas,
Y hay langostas á millares

Y ostras que á todo se agarran.
Fulleros que escamotean
El honor á muchas damas,
Y damas que gustan mucho
De verse escamoteadas.

Gente que gasta boato
Y dá bombo á su elegancia
Teniendo como tus tiendas
Poco centro y mucha cáscara.

Mucho vago, mucho necio,
Mucho embrollo, mucha farsa;
Gran ruido, pocas nueces;
Humo, polvo, tierra, nada.

En tus públicos paseos
Parecen diosas tus damas,
Y lo son porque entre nubes
De postizos se resguardan.

Fingidos son sus cabellos;
La tez de su rostro es blanca
Y rosa son sus mejillas
Del arte por obra y gracia.

Aquel ostentoso seno,
Aquellas formas gallardas,
Aquellas amplias caderas
Y aquellas anchas espaldas;

Aquel conjunto imponente
Que seduce y embriaga,
Son un conjunto de cintas,
De ballenas y de enaguas.

Los hombres con gran porfía
Tambien sus defectos tapan
Y hay dentaduras postizas
Que nos dá gozo el mirarlas.

Todos, en fin con anhelo
Se componen, se acicalan,
Y hay Vulcano que le roba
Al mismo Adonis la estampa.

Esto de encubrir con algo
Imperfecciones menguadas
Del cuerpo, no me parece
Que sea empresa muy árdua.

Mas qué me direis de aquellos
Que salidos de la nada
Grandes quieren ostentarse
Siendo de estatura enana?

El tráfuga y el perjuero;
El que ha vendido á su patria;
El que no la puso en venta
Porque no se la compraban;

El que intrigando creciera,
El que mintiendo triunfara,
El que durante su vida
De su cinismo hizo gala,

En vano, por mas que luchan,
Querrán lavarse sus manchas
Ante los ojos del mundo
Y ante sus propias miradas.

Bien es verdad que se dice
Que en la corte todo pasa
Porque la corte es muy grande....
Pero no es esa la causa.

La causa de que en la corte
Se alce soberbio el canalla,

Es el haber tanto pícaro
Y tanta gente de estafa.

Por eso yo, que en la corte
Vivo ignorado en mi casa,
Mucho que contar tuviera
Si del lector no abusara.

Mas hay cosas que se observan
Que no son para contadas,
Ni voy á escribir la historia
De la villa coronada.

Quedan, pues, en el tintero
Muchas cosas que se callan,
Tan negras como la tinta
Que el dicho tintero guarda.

Y pues mi péñola ruda
De emborronar ya se cansa,
Quédese en su sitio ella
Y Madrid donde se halla.

MAXIMINO CARRILLO DE ALBORNOZ.

Seccion de economia doméstica y arte de cocina.

Para limpiar los tejidos de seda.

Los medios que se emplean para limpiar los rasos, los tafetanes de las Indias y de Florencia, los damascos para muebles y otros, como igualmente los tejidos dorados, consiste en frotarlos con esencia de trementina para quitar las manchas de grasa; y luego frotar los fondos blancos con jabon, y los colorados con hiel de buey ó yema de huevo.

Los fondos blancos se limpian perfectamente dando á las telas dos ó tres baños de disolucion de jabon, y azufrándolas luego de estar limpias sin enjuagarlas; y cuando secas, se aderezan con goma alquitira lo mas blanca posible.

La hiel de buey sirve para limpiar los colores oscuros, principalmente aquellos en que entra el alazor y la cúrcuma, de que tan á menudo nos servimos para teñir los tafetanes de las Indias y de Florencia y demás telas de seda de color fugaz.

Los tejidos de seda gruesos, como el damasco y demás propios para la construccion de muebles, despues de haberlos golpeado bien, se limpian con el cepillo con la misma disolucion de jabon; pero porque no les quede ninguna partecilla de este, conviene enjuagarlos, pues por la desecacion, apareceria en forma de polvo blanco; sin embargo quedan exceptuados de este enjuague los tejidos que han de azufrarse. En seguida se aderezan en la calandria ó en el cilindro; pudiendo un particular reemplazar estas operaciones mecánicas aplanchándolos.

Para quitar toda especie de manchas del paño, cualquiera que sea su color.

Tómese una yema de huevo fresco, media libra de miel cruda y el grueso de una nuez de sal amoníaco; mézclese todo y aplíquese sobre las manchas

de los tejidos de lana, déjese en ellas algunos minutos, y únicamente lávense con agua fresca.

El agua que tiene en disolución jabón blando, hiel de buéy y sal de sosa, quita las manchas de los paños y demás tejidos.

Para quitar las manchas del paño.

Tómese lejía fría, y mézclese un poco de heces de vino y de tierra arcillosa; mójese con esta composición el paraje manchado, y muy luego se observará que el paño queda limpio. Entonces lávese este con agua clara y hágase secar al sol.

Modo de evitar que se altere la leche.

Se conserva la leche muchos días en medio de los mas ardientes calores, con la precaución sencilla de hacerla hervir mañana y tarde.—Se consigue asimismo que no se altere, añadiéndole solamente un poco de carbonato de sosa disuelto en el agua. Los lecheros echan muchas veces al efecto agua de jabón en la leche, pero toma un sabor muy desagradable.

Modo de mantener fresca la leche durante muchos años.

Leche fresca puesta en una botella bien tapada, que se sujete por espacio de un cuarto de hora en agua hirviendo, se conserva durante muchos años casi tan sana como lo estaba al principio.

Otro.

Hágase evaporar poco á poco la leche espuesta á un calor suave, y redúzcase á polvo seco, que mezclándolo despues con la cantidad de agua necesaria, dá un líquido cuyo gusto tiene mucha analogía con el de la leche fresca.

Método que debe seguirse para que se mantengan frescos los huevos.

Los mas propios para guardar son los que han sido puestos en el mes de agosto y mas adelante. Lo que debe procurarse es sustraerlos á las variaciones de la temperatura, heladas ó influencia del aire y de la humedad; pues el contacto momentáneo de una sola gota de agua basta para corromperlos enteramente. Debe tambien evitarse con cuidado el promover el desarrollo ó la destruccion del germen de vida.

Para obtener todo lo dicho, se rodean de sustancias contrarias al efecto y de los cuerpos que pueden preservarlas de la acción del aire, ó bien se depositan en un paraje fresco y seco.

Las sustancias que sirven de preservativos contra el aire son: el mijo, muchas de las semillas, el serrín, en particular el de madera de encina, etc. El salvado tiene el inconveniente de criar gusanos. Será útil cubrir además los huevos con paja.

Modo de conservar la sardina fresca.

Se conservan tan bien las sardinas en la manteca que cuando se comen parecen frescas.—Tómese para cincuenta sardinas una libra de manteca fresca, y hágase derretir en cuatro onzas de sal, una y media de pimienta fina y un poco de nuez moscada. Derretida ya la manteca, cuidando de que no se enrojezca, se deja enfriar bastante para que metiendo en ella la sardina salga esta cubierta, y en este estado se colocará en unos botes de greda. Por fin, se volverá á calentar la manteca que reste de la operación y se vaciará sobre las sardinas para que queden cubiertas, y en seguida se taparán con la exactitud posible los vasos.

En Bretaña salan un poco la sadina, despues la frien en la sartén, ó bien la asan en las parrillas, y luego la ponen en unos barriles pequeños con pimienta, vinagre, laurel y clavillos, cuyo conjunto forma una especie de salsa. Esto es lo que llaman sardinas en adobo que llevan á París.

Método de guisar el lomo de vaca con zanahorias.

Pónganse en una cazuela lonjas de tocino, zanahorias hechas ruedas, cebollas, perejil, sal, un vaso de vino blanco, otro de caldo del puchero y el lomo puesto de antemano en adobo; hágase cocer con fuerza entre dos fuegos, y luego redúzcase y cuélese la salsa; se le añade una espadilla, y se sirve el lomo sobre un picadillo de acederas, achicorias, ó sobre un puré cualquiera ó una salsa de tomates, humedeciéndolo todo con su propia salsa.

Otro fricandó de vaca.

Se limpian bien unas lonjas de lomo de vaca, enharinense y frianse en una sartén con lonjitas de tocino, y cuando ya se ha frito toda la carne se freirá cebolla picada muy menuda y setas pequeñas secas, que se habrán tenido en remojo; luego se pasa todo á un puchero; se le echa agua, clavos, canela y sal; se tapará con un pucherito con agua y se dejará cocer despacio.

Solomillo con legumbres.

Méchese el solomillo de vaca, y se pondrá á cocer en una cazuela con manteca de puerco, una zanahoria, un par de cebollas, ajos, perejil, un vaso de vino, sal, clavo, pimienta y el caldo suficiente.

Solomillo con tomates.

Póngase una cazuela al fuego con manteca y unos dientes de ajo y perejil muy picado, échese tambien la carne y realóguese bien; cuando ya lo esté, échense los tomates asados y pelados, sal y pimienta; al cabo de un rato se le añaden un par de cacillos de caldo y se deja que cueza; cuando ya esté á punto se sirve colando la salsa antes.

PROYECTO DE CONSTRUCCION DE UN TEATRO.

En el punto á que ha llegado el negocio que nos ocupa, no creíamos necesario el volver á tratar de él, esperando el resultado de las gestiones hechas para la realizacion del proyecto; pero el largo capítulo de culpas que contra sus promovedores y sostenedores se estampaba en la *Revista de Cádiz*, inserta en *El Comercio* del anterior domingo, nos fuerza á hablar en defensa propia, aun á riesgo de estampar otras tantas *vulgaridades*, y otras tantas frases tan *faltas de juicio* como las de nuestro anterior artículo.

El autor se declara abiertamente partidario del *statu quo* teatral. Buen provecho le haga. Diógenes se contentaba con un troncho de coles. Confiesa,—¿y cómo no?—que la forma del coliseo Principal es antigua, que su capacidad es escasa, que sus corredores son estrechos, que tiene poca ventilacion, que no hay en él salones de descanso; pero que así y todo se han presentado en él excelentes compañías de declamacion y ópera. Solo le ha faltado decirnos el dinero que en él se ha perdido y contarnos los empresarios que en él se han arruinado. El dato importa, porque aquellos polvos traen estos lodos.

El que solo tiene una mal levita no sale á la calle en mangas de camisa, sino que se la pone hasta que puede hacerse una mejor; pero el usarla á falta de otra no es razon para que se le condene á llevar perpetuamente levita vieja. Si no habia mas que un teatro, claro es que en él, por malo que fuese, habian de trabajar las compañías buenas; pero el que ellas hayan trabajado allí no es razon para que siempre tengamos un teatro malo. Esto mismo pudo objetarse cuando se construyó el actual, y eso mismo hubo motivo para oponer á la construccion de cuantos hoy existen. Antes que ellos habia otros, y mal que bien pasaban. ¿A qué pues, decimos nosotros siguiendo al autor, distraer los capitales en ellos invertidos de *otras industrias de mayores rendimientos que producen mayor bien general*, como por ejemplo, las de freir pescado ó vender garbanzos y frijoles? ¿No es esto mas lucrativo, y sobre todo mas conveniente que un teatro? ¿Una cola de pescadilla no es cosa mas suculenta y á la larga mas productiva que un drama ó que una ópera.

Queda probado que un particular hará muy mal en construir un teatro, porque esos fondos debiera aplicarlos mejor, como allí se dice, á la construccion de casas y almacenes, ó á la

negociacion de efectos públicos, de la banca ó del comercio, y aunque eso es cuenta suya, bien es que se le disuada de este mal pensamiento, si es que lo llega á tener; pero lo que peor de todo es que el ayuntamiento se meta donde no lo llaman y se lance á construir por sí este anatematizado teatro; porque eso sería continuar *el absurdo sistema de sustituir la accion pública á la individual*. Verdad es que el autor dice tambien que "aquí no ha podido penetrar la doctrina del *self-government*." Es decir, que debemos esperar con los brazos cruzados á que penetre en nuestro pais ese *self-government*, y acaso de aquí á doscientos años tendremos un teatro que no habrá mas que ver, como que se hará por una doctrina eminentemente buena; porque sin duda está probado que lo es, ni mas ni menos que está probada la bondad de todas las doctrinas de la economía política. Démoslo de barato, y así como dijo el orador francés: "Sálvese el principio y perezcan las colonias", digamos nosotros tambien: "Sálvese la teoría y perezca el arte."

El segundo argumento se reduce á echar en cara una contradiccion. ¿Cuándo se predica la necesidad de la desamortizacion, cómo se quiere aumentar una nueva finca á los propios?

Cierto es que la ley esceptúa de la regla general los edificios de utilidad pública, pero probado victoriosamente, como lo ha sido, que un teatro no es cosa de utilidad pública, el argumento no tiene réplica. Eso quiere decir que el gobierno no autorizará la construccion, y es cuento acabado.

Vienen en seguida las lamentaciones de la beneficencia. Este es el gran resorte *ad terrorem*. Es la palanca para conmover en contra del pensamiento á la provincia entera. Es un juego por tabla. La beneficencia, se dice, privada de los rendimientos del teatro Principal, habrá de enjugar el déficit con un recargo á los fondos provinciales. Aquí hay varias cuestiones. Para hacernos cargo de ellas principiaremos por un cuento, ó mejor, por un *sucedido*.

En la sala de sesiones de cierta corporacion habíase colocado, sin acuerdo de esta, el retrato de uno de sus miembros que acababa de fallecer; pero retrato tan malo que en nada se parecia al original, juzgándose ser de la persona en cuestion solo por tal cual accesorio. Ofendiéronse muchos de ver que se faltaba á sus prerogativas, y en la primera junta hubo interpelaciones agresivas y respuestas agrias de parte á parte. Pero uno de los individuos presentes cortó toda discusion con estas pala-

bras: "Señores, ante todo importa averiguar si ese retrato es en efecto del Sr. D. Fulano de Tal."

Y decimos nosotros: "Ante todo seria bien se averiguase si ese teatro es en efecto de la beneficencia." Y decimoslo porque el ayuntamiento pretende que es suyo, y en algo se fundará para creerlo; aunque por ciertas razones no ha creído conveniente hacer uso del derecho que pueda asistirle en su pretension.

Pero demos por probado que no sea así, es decir, que el retrato sea de D. Fulano, ¿qué se desprende de este hecho?

La beneficencia no es propietaria de todo el teatro, sino solo de una parte. Hay allí veinte propietarios mas, los cuales están á las maduras, pero no á las duras, puesto que los gastos todos se sufragán exclusivamente de la sola parte de que aquella se utiliza, que es por lo comun un tanto de los ingresos de las empresas, toda vez que nadie hace proposiciones por los tipos señalados en los pliegos de subasta. De aquí han de salir la conservacion, las reparaciones, y las reformas en el edificio, que á ser como debieran, mermarian en mucho, si no ya consumirían en todo, los ingresos. Así se ha visto que en la última reforma que ha pocos años sufrió, hubo que acudirse á un empréstito con condiciones tales que la sucesiva amortizacion del capital no producía rebaja alguna en el interés; es decir, que esta reforma, no tal como se necesita ni con mucho, consumió la renta de algunos años. Ahora bien, el día en que la autoridad, anteponiendo el servicio público á las consideraciones que por su objeto ha guardado á aquel establecimiento, le obligue, como debe, á aumentar sus aparatos de luz, hoy insuficientísimos, á construir decoraciones y enseres de que carece, á retocar la pintura, ya deteriorada y con viruelas, á ampliar el vestuario, indecente y mezquino, á satisfacer en fin, no gollerías, sino necesidades perentorias, ¿bastarán acaso sus ya tan cortas y mermadas rentas para ello? ¿No tendrá que apelarse otra vez al oneroso recurso de empeñarlas por largo tiempo? ¿Véase pues á lo que quedan reducidos esos cacareados rendimientos que se suponen perdidos, y por consiguiente esos cacareados recargos con que se quiere hacernos el bú.

Pero aun todas estas lamentaciones pudieran pasar por una especie de traviesa manobra si se pensase en quemar el teatro Principal ó en demolerlo. ¿Quién lo ha pensado? ¿El Principal de Sevilla ha muerto acaso porque se haya construido el de San Fernando, y eso que está á dos pasos de él? ¿No viven ambos

y ambos se sostienen? ¿Es que se quiere aquí monopolizar el arte? ¿Es que se nos condena á no tener jamás sino el Principal á pasto?

Otra culpa del capítulo dice así:

"Que las ventajas que obtengan las personas que concurren al teatro, las pagará la generalidad de los habitantes de esta ciudad."

El argumento nos parece tan convincente que vamos á permitirnos el ampliarlo.

En efecto, ¿por qué el ayuntamiento construye paseos y los hace pagar por los que no gustan de pasearse? ¿Por qué mantiene serenos? Por uno que transite por las calles á deshoras de la noche hay miles que están durmiendo en sus casas, y esos, puesto que no se utilizan de la institucion, es injusto que contribuyan para ella. ¿Ni por qué ha de contribuir para la casa de espósitos el que no ayuda á poblarla?

Y acaba con este trueno gordo:

"El servicio inmaterial que ofrecen el poeta, el compositor, el artista, no puede ni debe ser remunerado sino directamente por el servicio pecuniario del consumidor, que es, en este caso, el que asiste al teatro."

Así lo dice la ciencia, y la ciencia no parece sino que habla aquí por boca del entregado de un almacén de comestibles.

El limpiabotas da lustre á sus zapatos de V., y V. le da cuatro cuartos en retribucion de su trabajo. ¡Llor á la ciencia que ha colocado el genio del artista á la altura del cepillo del limpiabotas!

Váyanse muy noramala los estúpidos monarcas, los ignorantes estados que han fundado su gloria en alentar las artes dando honores, premios, pensiones á los que en ellas se han distinguido. El poeta y el gallego de la esquina no deben tener distincion entre sí. A aquel se le paga su produccion, y á este su mandado.

Así piensan, segun el autor, las naciones mas civilizadas y mas sensatas como la Inglaterra. Sin embargo, ha callado que si en Westminster tiene una estatua el mecánico Watt, tambien la tienen el actor Kemble y el poeta Shakspeare, y que allí están al lado de las tumbas de los reyes las de los poetas Sheridan, Milton, Gray, Thompson, Adisson y Driden, así como la del actor Garrick.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

TEATRO MECANICO DE LOS PAISES-BAJOS.

Sin perjuicio de ocuparnos otro día mas largamente de este bello y elegante teatro,

diremos hoy de él algunas breves palabras.

Hay aquí como en todas partes personas, ó bien naturalmente descontentadizas, ó bien que se imaginan que para que se les tenga por gente ilustrada es indispensable el calificar de malo todo lo que ven. En efecto, abrióse el teatro mecánico, y unos por lo que acabamos de decir, y otros porque sin duda se imaginaban que les iban á presentar allí algun cuento de hadas ó alguna transformacion de hombres en micos, exclamaron: "¡Toma! eso lo habíamos visto ya aquí." Verdad es: habíamos visto figuras de movimiento y cuadros disolventes; pero los habíamos visto en el teatro de la Tia Norica, los habíamos visto apagando antes á soplos las velas de sebo de aquel alumbrado, para dejar la sala á oscuras, con otras lindezas por el estilo; los habíamos visto en fin con condiciones harto menos ventajosas de las de ahora, empezando por la importante de la variedad, y concluyendo por la del decoro del local, que ya es mucho para una sociedad culta y de buen tono.

¿Ni qué razon era esta en rigor? ¿No hemos visto y oído millares de óperas y comedias? ¿No gozamos volviéndolas á oír y á ver, especialmente si están mejor desempeñadas?

La respuesta que el público de Cádiz da á esos detractores del espectáculo en cuestion está en su sala misma. Véasela todas las noches, y todas las noches se la hallará poblada por una concurrencia escogidísima; lo que prueba que goza allí, puesto que de nó, nadie la fuerza á asistir. Este argumento no tiene réplica.

Reservamos para otra vez la descripcion mas detallada de estos agradables y cultos espectáculos, puesto que hoy ni tenemos espacio para estendernos, ni pudiéramos hablar sino de la parte de ellos presentada hasta ahora, y aun falta mucho por ver segun el catálogo.

Aconsejamos á los que no han acudido aun á este teatro que juzguen por sí mismos, y que nos digan luego si no han hallado bellísima, por ejemplo, la puesta del sol y la salida de la luna; si no han encontrado sorprendentes á los autómatas, y si han visto cosas mas graciosas que los juegos ópticos y de un efecto mas mágico. Verdad es que en otras séries han podido notarse algunos defectos, porque ¿qué no los tiene en este mundo? De ello nos ocuparemos tambien con la imparcialidad á que aspiramos siempre.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

FEBRERO.

MODAS DE PARIS.

Carta á una amiga.

Enero de 1859.

Grave fué sin duda la cuestion de Oriente, mi querida Berta: sin embargo, en nada merece de ella la cuestion de los miriñaques que en este momento nos preocupa. Dos distintos campos están en presencia uno de otro, decididos ambos á defender con energía sus respectivas banderas. El uno combate la crinolina, las ballenas, los aros de acero, el madapolan almidonado. Ha pasado ya, exclaman los de este bando, el tiempo de los ahuecadores, reminiscencia infeliz de los guardainfantes y de los tontillos. Es menester volver á mas moderados equipos, que permitan por lo menos sentarse, entrar en un carruaje, etc. A estos críticos apasionados responden sus contrarios que la moda es exigente, que es imposible dejar de seguir sus ciegos caprichos: que por otra parte la amplitud de los trages no es cosa sin gracia en las mujeres de buen gusto: que en fin, la crinolina, las ballenas, los aros de acero no deben perecer todavía.

La lucha, como ves, es empeñada, ella constituye el tema obligado de todas las conversaciones, y hace que con ella sueñen todas las noches nuestras mas hábiles costureras.

¿Cuál de los dos partidos alcanzará la victoria? No me atrevo á decirlo. Sin embargo, voy á aventurar una opinion que podrá ser que no contente á ninguna de las partes beligerantes.

La verdad es que por hoy no se piensa en renunciar á los trages inflados, á la Montgolfier, como le llamaban sus detractores no ha mucho; pero tambien lo es que se van abandonando poco á poco jaulas y aros para reemplazarlos por varias naguas almidonadas. Esta ligera modificacion tiene el gran defecto de aumentar bastante los gastos del lavado; pero en mi concepto quita la parte de ridículo que las tales jaulas y los tales círculos daban á muchas mujeres. El año último te indiqué para los bailes una nagua interior de muselina ó de tarlatana: hoy, para el mismo uso te recomiendo una de tul. He hecho la experiencia y he visto que es cómoda y produce un excelente efecto. Elege el tul mas grueso, mas sólido, mas susceptible de tomar el almidon, y haz con él una nagua compuesta de muchas otras cosidas á una misma pretina.

Ya que he hablado de bailes voy á darte to-

davía algunos pormenores mas para completar lo que con anterioridad te tenia dicho. Primeramente te señalaré algunos trages arroba-dores y completamente nuevos. Son de tar-latana de dos ó tres faldas, rodeados de guar-niciones encanutadas, las cuales se trabajan mecánicamente; circunstancia que hace su pre-cio bastante moderado. Algunas veces estas guarniciones son de color azul, rosa, lila, na-ranja ó verde; otras son completamente blan-cas. Así las prefiero, y desde luego declaro mi simpatía por los trages blancos sin otro color alguno.

Estos, ya te lo he dicho, son baratos. Hé aquí otros por el contrario muy caros, pero tambien muy lindos. Son gasas de Chamberi con rayas de seda, y mosquedas de florecitas, igualmente de seda, entre las rayas. Esto se hace en blanco ó en color. Hay otras gasas salpicadas de gruesos lunares sombreados.

Los pequeños rulós de raso parecen volver á estar de moda. He visto en efecto muchos trages adornados así. Entre otros uno de tul rosa con quince volantes, cada uno de los cua-les tenia tres rulós, uno arriba y dos abajo. Estos rulós tú sabes que para estar bien he-chos deben armarse con algodón en rama.

Otro trage para terminar. Nagua de tul blanco cubierta del modo siguiente: dos pe-queños encages negros, aproximados por sus cabezas, y reunidos por un estrecho terciopelo encarnado, luego tres gruesos encanutados de tul blanco; despues vuelven á comenzar los en-cages negros y los encanutados, y así sucesiva-mente. En el corpiño, que es tambien de tul blanco, hay un fichú adornado de la propia manera. El conjunto es encantador.

Te he anunciado ya la aparicion de un nue-vo raso, fuerte, espeso, que se tiene en pié solo, como suele decirse. En efecto, nada puede verse de mas elegante y señor.

Se nota una visible tendencia á acortar el talle: esto es incontestable. Dios mio! yo no echo de menos la moda que nos hacia parecer abispas; pero detengámonos en un justo me-dio, y no vayamos, segun estamos amenaza-das, á pasar bruscamente á los talles del tiem-po del primer imperio. Ah! no volvamos á tomar aquellos horribles vestidos, y esperemos en el buen gusto de la Francia.

En punto á joyas te diré que en general cambian poco: hé aquí sin embargo las últimas noticias.

El aluminio, este reciente descubrimiento de la ciencia, tiene un éxito loco. Se le em-plea para brazaletes, broches, botones de man-gas, adornos de corpiños, pendientes, hebillas de cinturon; se le combina con oro y granates.

El furor por el coral rosa se calma un poco, así como el que habia por las perlas y el ám-bar. Aconsejo á las jóvenes, sobre todo á las morenas, las joyas moriscas, compuestas de zequies y coral encarnado. Esto es lindo al par que sencillo. En cuanto á brazaletes, lo que me parece mejor es un aro de oro com-pletamente liso, y pendiente de él una cruz. Las hebillas de cinturon son por lo comun de acero tallado; aunque tambien se ven de plata bruñida, de oro liso ó cincelado, etc.

Para concluir digamos algo del calzado.

Los botines siguen siempre teniendo elás-ticos. Son generalmente de cabritilla, aun-que tambien los hay solo de charol, si bien estos son menos dulces para el pié. Los mas de moda son mitad charol y mitad cabritilla, atados por encima del pié. Los botines de baile en raso ó en muaré *antique*, están adorna-dos por arriba con un escarolado de encage ó cinta. Para lo interior de casa, te señalo á título de una estremada coquetería, botines de tafetan picado ó de terciopelo, guarnecidos de piel de chinchilla ó de astracan, y sugetos en la parte superior del pié por medio de ala-mares de goma elástica.

Adios, mi querida Berta: te abrazo tierna-mente y te renuevo la seguridad de mi sincero afecto.

M. D.

ESPLICACION DE LA HOJA DE PATRONES Y BORDADOS.

PAPALINA PARA SEÑORA, DIBUJOS 1 á 5.

Este elegante adorno se borda sobre muse-lina: en medio del fondo n.º 1, se encuentra una C á la cual se une igual letra del n.º 6 cuyo pedazo se cortará doble; el n.º 4 es el dibujo para formar las tres guarniciones con que ha de cubrirse el fondo, y los números 2 y 3 son los cabos cuyo conjunto se encontra-rá en el n.º 5, adornando el todo con cintas de color.

- | | | | |
|------|----|----------------|-------------------------------|
| N.º | 7 | Guarnicion: | al pasado y feston. |
| | 8 | id: | id. ojetes y punto de escala. |
| | 9 | id: | id. y feston. |
| 10 y | 11 | Cuello y puño: | id. id. y calados. |
| | 12 | Guarnicion: | id. y bordado inglés. |
| | 13 | id: | id. y sobrepuestos. |
| | 14 | id: | id. |
| | 15 | Embutido: | id. |
| | 16 | Guarnicion: | id. y feston. |
| | 17 | id: | id. id. y ojetes. |

- 18 Guarnicion: feston y ojetes ó lunares.
 19 y 20 id: al pasado y feston.
 21 Esquina para pañuelo, I. F.: al pasado.
 22 id. B.: id.
 23 id. A. P.: id.
 24 Ojal para camisa de hombre: id.
 25 Esquina para pañuelo S.: id.
 26 id. F. M.: id. y
 bordado ligero.
 27 M. L.: id.
 28 Esquina para pañuelo F.: id. y
 bordado ligero.
 29 J. F. enlazadas: id.
 30 E. D. id.: id. y
 feston.
 31 B. R.: al pasado.
 32 E. C.: id.
 33 M. y B.: id.
 34 Casimira: id.
 35 Ojal para camisa de hombre: id. y
 nuditos.
 36 Pañuelo: al pasado rico, con sobre-
 puestos de tul.

BATA PARA SEÑORA, NUMEROS 1 AL 6.

- N.º 1 Mitad del delantero.
 2 id. de la espalda.
 3 id. de la pieza que se corta doble,
 á la que se unen los números an-
 teriores.
 4 id. del cuello.
 5 id. de la manga.
 6 Conjunto de la bata, la cual se hará
 de Chaconada á todo su ancho: pa-
 ra formarla basta solo unir las le-
 tras marcadas en cada molde: los
 adornos á gusto de la persona que
 haya de usarla.

- 7 L. C. enlazadas: al pasado.
 8 L. P. id.: id.
 9 Dolores: id y lunares.
 10 S. M.: id. y bordado
 ligero.
 11 A. P.: id.
 12 A. R. enlazadas: id. y nuditos.
 13 T. C.: id. id.
 14 L. J.: id.
 15 F. M. enlazadas: id.
 16 A. L.: al pasado.
 17 E. J.: id.
 18 A. C.: id.
 19 F. M. enlazadas: id. y lunares.
 20 E. A.: id.

- 21 C. V. enlazadas: al pasado.
 22 F. L.: id.
 23 L. P.: id.
 24 G. C.: id.
 25 A. L. M.: id.
 26 A. C. enlazadas: id.
 27 M. P. id.: id.
 28 J. B. G. enlazadas: id.
 29 E. S.: id.
 30 S. V. D.: id.
 31 V. V.: id.
 32 D. R.: id. y lunares.
 33 Aniana: id.
 34 P. M. enlazadas: id.
 35 E. G. S.: id.
 36 J. R.: id.
 37 Cipriana Iriarte: id.
 38 C. D. enlazadas: id.
 39 Martina Bauzini y C.: id.
 40 Esquina para pañuelo, G. E.: al pa-
 sado.
 41 Vicenta Moreno Alcova y Valverde:
 al pasado.
 42 Josefa Moreno Alcova y Valverde:
 al pasado.
 43 Ramona Moreno Alcova y Valverde:
 al pasado.
 44 Juana Moreno Alcova y Valverde:
 al pasado.
 45 Virginia Pisani: al pasado.
 46 María Concepcion Pisani: id.
 47 A. G.: al pasado y bordado ligero.
 48 M. R.: id. id.
 49 J. P. M.: id.
 50 D. M. S.: id.
 51 J. P. S. enlazadas: id.

LAS ALMAS GEMELAS.

NOVELA ORIGINAL

POR

Doña Robustiana Armiño de Cuesta.

PRIMERA PARTE.

I.

EL RETRATO.

"¿A dónde estaba el zagal
 Para poder retratalle?
 No fué menester miralle
 Con la vista natural
 Que el alma le dió un dechado
 Para sacar la labor;
 Vencida la tiene amor,
 ¡Lástima tengo al ganado!

"Juan de Timoneda."

En un hermoso dia del mes de Julio, cuando la

brisa de la tarde puso en relieve el descolorido envés de las hojas que se columpiaban en los árboles, paseaba Carlota Cronstad por un frondoso bosque inmediato á la ciudad de Kiof, en la Rusia meridional, llevando de la mano á su lindo hermano Alberto, de edad de diez años.

Triste, sumamente triste era la vida de Carlota: nacida en una ciudad rusa, de familia bastante rica y siendo la admiración de cuantos la conocían, tanto por su belleza como por su admirable sencillez y dulce carácter, miraba correr sus días con pesar, y rara vez se la veía brillar con la alegría que tanto hermosea la juventud.

Carlota pasaba la vida casi en el aislamiento, pues el carácter de su familia formaba un contraste tan perfecto con el suyo, que á pesar de ser hija obediente y hermana afectuosa, cifraba su cariño en Alberto, llegando hasta á olvidarse de que tenía otro hermano mayor llamado Teodoro que era el alma y la vida de su madre.

El astro del día que derrama su luz con tanta fuerza sobre la Rusia durante el estío, declinaba magestuosamente; pronto desapareció tras los celajes de púrpura, y quedó la naturaleza sumergida en ese silencio que domina soberanamente las últimas horas de la tarde.

Carlota tenía un carácter dulce y sensible, pero por desgracia muy exaltado; empezó á reflexionar clavando sus miradas en el inmenso horizonte que se desplegaba á su vista á través de los árboles, y caminaba con tal distracción, que ni siquiera reparó en las miradas que Alberto la dirigía viéndola tan callada: al fin lanzó una mirada en derredor suyo y viéndose sola con su hermano en aquella soledad, se entregó de lleno á su cavilación.

—No he salido nunca de Rusia, exclamó Carlota, derramando algunas lágrimas y sin embargo, mi corazón es tan grande que abraza el mundo entero.... Esa Italia deliciosa con su cielo siempre azul, aquel mar siempre tranquilo, aquellas vírgenes voluptuosas y aquellos enlosados de mármol cubiertos de flores, conmueven mi alma, satisfacen los deseos de mi corazón y sin embargo no existen para mí. Siempre fijos los ojos en ese horizonte cuyos límites nunca traspasé! ¡Oh! Si yo no hubiese sabido que existía otro mundo mas allá de nuestros hielos! Pero qué digo? Son acaso comparables los gozos del que ignora hasta el suelo en que nació, con los momentos de felicidad, ni aun con las ilusiones que experimenta mi alma apasionada? ¡No, no!

¡Domíname, pues, como hasta aquí, tristeza cruel pero querida, y alimenta mi corazón con tus emociones, como lo has hecho por espacio de diez y ocho años!...

Aurelia! querida Aurelia mía! feliz tú que no desear nada que esté fuera del parque de la quinta! Yo veo deslizarse aquí mi existencia con rapidez, y mi nombre se perderá en la oscuridad. ¡Cielos! Yo que quisiera subir mas que Icaro! ¡Carlota, Carlota, vivir sepultada en las frías regiones del Norte, no es vivir!

Y la jóven Cronstad derramaba un torrente de lágrimas.

—Oh! Alberto, Alberto! exclamó echando una mirada inefable sobre su hermano que la miraba sorprendido.

—Carlota, dijo el niño atemorizado; Qué tienes? ¿por qué lloras? Te ha reñido mamá?

—Hermano mio, respondió Carlota abrazándole; tranquilízate, no tengo nada; lloro porque estoy sola con la naturaleza y aquí no pueden los hombres criticar mis lágrimas. Ves ese arroyo que corre con tanta rapidez por el bosque? Tú no podrías vadearle ahora sin echar á perder los borceguies; pues en el otoño empezará á endurecer, y en el invierno adquirirá tal solidez, que podrás pasearte sobre él sin peligro. Pero no confíes, querido Alberto, en su dureza á la llegada de la primavera; se resbalarán tus patines y caerás en el fango del hielo que se deshace... Hé aquí mis ilusiones; al nacer son límpidas como el agua que corre á nuestros pies; las veo tomar solidez, pasea por ellas mi imaginación y cuando creo que van á realizarse, se deslizan mi piés, abro los ojos y las veo desaparecer como los recuerdos de un sueño que agitó nuestro corazón durante la noche, y se desvanecen al brillar el alba. Hé aquí la causa de mis lágrimas; mi fantasía fatigada con esta existencia monotonía, crea todos los días nuevas esperanzas, que se marchitan con la misma rapidez que se forman... ¡Oh! esta lucha me ha de quitar la vida.

Aunque el niño nada comprendía del discurso de Carlota, le hizo mucha impresión la palabra "me ha de quitar la vida;" amaba á Carlota con toda su alma, y viéndola tan afligida empezó á sollozar amargamente.

—Carlota; la dijo suspirando, si tú te mueres ¿quién me dará las cintas de color de rosa para atar los cascabeles de plata al collar de mi falderito inglés?

—Alberto, hermano mio, dijo Carlota echándole los brazos al cuello: no moriré, no moriré, pues existes tú para prodigarme tus inocentes caricias; enjuga tus lágrimas, mi querido niño, yo te daré esas cintas de color de rosa; yo te daré cuanto quieras, y pluguiera al cielo que pudiese darte la felicidad que busco en vano sobre la tierra.

Alberto enjugó sus lágrimas, besó con transporte la orla del vestido de su hermana, la miró con dulce sonrisa y echó á correr por el bosque gritando:

—¡Señor Nicolás! Señor Nicolás! Carlota!

El ayo del conde de Kiof.

Carlota que conservaba en todos sus movimientos la sencillez de la primera edad, echó á correr velozmente detrás de Alberto, y cuando logró alcanzarle estaba ya el niño en brazos de su anciano amigo, que se había puesto en pié para recibirla, cerrando cuidadosamente un libro que tenía en las manos.

—Mi buen amigo, dijo la jóven reprendiéndole con dulzura, hace algunos días que nos habeis abandonado.... ¿cuál ha sido el motivo?

Nicolás respondió sonriendo, que algunas ocu-

paciones apremiantes relativas á los negocios de su señor, le habian impedido por algunos dias ir á la ciudad. Iba á proseguir, pero Alberto que oyó nombrar al conde, tiró del brazo á Nicolás, diciéndole:

—¿Por qué no le traeis nunca? Mi ayo no me deja un momento, á no ser que Carlota me acompañe á paseo.

—El conde de Kiof, les respondió el anciano, tiene un alma grande con la que puede muy bien suplir la presencia de sus ayos, y un corazon demasiado orgulloso para esponerse á oír un consejo fuera de su palacio. No podeis imaginar, mi querida niña, añadió sentándose sobre la verde yerba al lado de Carlota, el raro carácter de mi discípulo; dotado de un alma noble, elevada y benéfica, me comunica sus mas secretos pensamientos y sus ideas singulares acerca de lo que el mundo llama felicidad. Su imaginacion precoz profundiza una idea con la misma rapidez que la concibe, pero esa misma velocidad hace que se cambien sin cesar sus ideas y que se agoten en flor sus mejores combinaciones.

Hace algunos meses que se decidió por la diplomacia y solicitó de S. M. I. un cargo en la embajada cerca de la Puerta Otomana. Le hubiérais visto ir, venir y hablar de Constantinopla con el mayor fuego, proponiéndome acompañarle en su viaje, y prometiéndome todas las consideraciones que hubiera tenido con su mismo padre. Hacia yo muy poco caso de sus promesas, porque estaba bien seguro de que no saldríamos de aquí. En efecto, pocos dias despues me dijo que ya habia abandonado completamente aquella idea, considerando las muchas incomodidades que habia de ocasionarle la etiqueta en nn viaje tan brillante: "pero estoy resuelto, me decia, á hacerme retratar; es un presente que quiero hacer á uno de los agregados á la embajada; la marcha está ya dispuesta y así llamad al instante al miniaturista, pues quiero absolutamente que me retrate hoy."

Partí al instante para la ciudad, porque conozco á fondo su carácter, que no admite réplica; vino en efecto el miniaturista, pero por una coincidencia singular se le olvidó el marfil, y aunque con gran sentimiento suyo hizo presente al conde, que solo aguardando hasta otro dia podria complacerle. El conde furioso exigió que se le retratase inmediatamente aunque fuese en papel, ó de lo contrario haria llamar á otro artista.

—"Qué importa, decia, que mi retrato esté en papel y no en marfil? Colocándole en un cuadro incrustado de piedras preciosas parecerá bastante bien."

El miniaturista obedeció, cobró una cantidad crecida, y se marchó riéndose del carácter atolondrado de mi discípulo. Este no se acordó mas de la embajada, ni del miniaturista, y aquel retrato, hecho con tanto afán, es este papelito que sobresale entre las demás hojas de mi libro. No he querido recordarle nunca este incidente, porque no sufre que se le contrarie aunque sea con la mayor justicia y me contento con retener el retrato como una

prueba mas de la inconstancia de su carácter. Por lo demás, su talento es claro, su imaginacion florida como la de un poeta romántico y la nobleza de su alma deja muy atrás la de su escudo noble por todos cuatro costados... ¿Pero nó habeis visto nunca al conde, Carlota?

—No, respondió la jóven con sencillez y acariciando distraidamente los perfumados cabellos de Alberto; muchas veces llegaron á mis oidos los elogios que el mundo le prodiga; pero á pesar de lo inmediato que está su castillo no le he visto nunca.

—Pues miradle, repuso Nicolás, y abriendo el libro presentó á los ojos de la sensible Carlota unas facciones llenas de generosidad y nobleza, en las que se dejaba ver con toda su gallardia ese carácter apasionado y tierno que despierta simpatias en todos los corazones.

—Dios mio! exclamó involuntariamente Carlota sintiendo sobre su frente una nube de fuego.

—Señor Nicolás, prosiguió poco despues, fingiendo por la primera vez de su vida. No estrañeis mi admiracion; esta miniatura está ejecutada por una mano maestra... qué contornos! qué pureza de colorido!... Bien conoceis mi entusiasmo por la pintura y si me permitiérais copiar...

—Tomadle, repuso Nicolás completamente engañado por la candidez de Carlota, y seguro por otra parte de que su corazon no era ya libre desde que se habia consagrado al prometido esposo. El retrato pasó entonces á la mano de la trémula jóven que lo envolvió al cordoncillo de oro que rodeaba su cuello de alabastro, y dijo á Nicolás á media voz.

—Juro devolvérosle religiosamente.

—Devolvérmele! ¿y para qué? Si luego que saqueis la copia os cansa el original, dádsele á vuestro hermano para que juegue con él... al menos habrá servido para alguna cosa.

Carlota conoció entonces que Nicolás estaba completamente tranquilo, y que nada tenia que temer.

—¡Pobre niña! pensaba para sí el anciano amigo de los señores Cronstad. Acaso no ha fijado nunca un momento sus virginales miradas sobre las facciones de un hombre. Cuánto rubor ha sentido al contemplar ese retrato! ¡Y qué linda es! ¡Cuán espiritual el reflejo de sus ojos azules!

Niña mia, prosiguió mirándola con un cariño casi paternal; pues han llegado ya para vos los dichosos dias en que la muger vá á dar su libertad en cambio de amor, pues que tan pocos son ya los paseos en que volveremos á encontrarnos á solas, escuchad la teoría del amor que profesa mi noble amo, y pueda vuestro corazon encontrar en Ricardo su alma gemela.

Carlota se sonrojó, quiso hablar, la vergüenza le cortó la voz y creyó que Nicolás acababa de leer en el fondo de su alma, porque su extraordinaria conmocion lo decia todo.

—Hablad... ya os escucho... murmuró al fin Carlota con ansiedad.

—Nunca, hija mia, osé hasta ahora llevar á vuestro oido amorosas teorías, porque esa alma pura

como la de los ángeles, suspendida entre el cielo y la tierra, habia ofrecido su corazon en holocausto, sin dolor y sin esfuerzo, porque hija de la obediencia, no teniais mas amor ni mas odio que el de vuestra querida madre.

Carlota hizo una señal afirmativa.

—Lejos de mí, continuó el anciano, la idea de separaros de esa obediencia dichosa y ciega como la fé; pero os amo demasiado para dejar de hablaros con la ingenuidad de un verdadero amigo. Niña todavía, vuestra madre, que en su estado de viuda ambicionaba cada vez mas honores y riquezas, contrató vuestro matrimonio con el jóven Lenois, niño tambien, y que iba entonces á partir para París. Retirada desde entonces, ni mas ni menos que si estuviéseis en clausura, apenas conocéis los usos de la sociedad que os rodea, siendo casi desconocida para las personas del gran mundo que frecuentan la casa de vuestra madre. Sencilla é inocente, habeis dado el nombre de amor al sentimiento que experimentais por vuestro prometido, y descansais en este amor inalterable, como en una fortaleza segura. ¿Y quién os ha dicho que ese amor será suficiente para llenar vuestro corazon apasionado? ¿Quién os dice que lanzada en medio de esa sociedad brillante que reclama el rango que vais á ocupar en ella, no sentireis otras aspiraciones mas ardientes, mas tempestuosas que el tranquilo sentimiento que guardais en vuestro corazon como en un santuario? ¡Ah! Carlota, creedme: antes de ligaros con lazos que solo Dios puede romper, penetrad en lo mas recóndito de vuestro corazon y preguntaos una y mil veces, si es solo por complacer á vuestra madre por lo que os creéis feliz con vuestro himeneo. No temais esta prueba, no: el oro se purifica con el fuego, la verdad con el exámen... la...

—Pero... balbuceó Carlota casi taastornada por el tumulto de ideas nuevas que se agolpaban en su mente: ¿de qué creéis que me serviría esa terrible verdad? es demasiado tarde!

—Y qué derecho teneis vos sobre la felicidad de vuestros semejantes? Si por una obediencia culpable no pudiéseis devolver á vuestro esposo amor por amor, ¿quién os dice que no seriais la causa de las terribles catástrofes que hace estallar á veces el amor propio ofendido?... Llorais?... Sois buena, sencilla y cariñosa y no os atreveis á surcar sola el mar de la duda. ¿No es verdad, Carlota? Pues bien; no quiera Dios que sea yo quien os haga abandonar el sendero que con tanta fé quereis seguir; mas... perdonadme; yo me habia propuesto tan solo hablaros de la teoria de las almas gemelas, y mi cariño hácia vos me ha hecho filosofar como un imbécil.

—No, no, hablad, dijo Carlota con amargura, quiero escucharos acaso por la última vez... quiero que me habléis de amor, de dicha, de infortunio.... Tal vez vuestra teoria vuelva la paz á mi agitado corazon.

—Pues bien, hija mia, escuchadme; acaso como decís, sean mis palabras, palabras de dicha para vos. El amor segun le define el jóven conde, que

tengo el honor de dirigir, es la reunion de dos almas, que Dios ha criado para que formasen una sola antes de volver á su criador. Dios arroja esas almas á la tierra de dos en dos, pero rara vez caen juntas. De aquí esos corazones solitarios que viven siempre con dolor, mirando á todas partes, agitándose siempre que ven aparecer un objeto desconocido, y preguntándose sin cesar: ¿será esa?

Algunas veces amamos con delirio y soñamos la bienaventuranza, porque creemos haber encontrado el alma que buscábamos; ¡pero cuántas lágrimas nos cuesta cada nueva decepcion! ¡Cuántos corazones sucumben en la lucha sin haber encontrado su alma compañera!

¿Creéis que cuando se unen dos personas que en distinto clima, educadas á largas distancias, no necesitan mas que un momento para amarse, es solo un efecto de la casualidad? No, no; esas son dos almas gemelas, dos almas que se han encontrado, que en un segundo se han conocido, se han amado y que alcanzan la felicidad del cielo sobre la tierra. Yo he visto muchas veces á mi discípulo, lleno de hermosura, de juventud, de riqueza, llorar como un niño la soledad de su alma generosa, que no ha encontrado todavía un corazon que haya hecho sentir al suyo el primer latido. Si despues de haber visto á Ricardo, encontrais en él vuestra alma, si sois los dos uno solo para vivir y amar.... Dios os bendiga, como yo os bendigo, Carlota.

—Oh! amigo mio! exclamó la jóven abrazándole con la mayor ternura; nada os diré porque mi corazon late con violencia, mi cabeza se abrasa; pero yo os doy gracias, mil gracias.... ¡Dios mio! añadió mirando en derredor suyo con espanto; la noche se acerca.... Alberto! Alberto!

Alberto que jugaba á poca distancia llegó al momento; venia sofocado de perseguir á las hormigas, y nada habia oido.

—Hija mia, dijo Nicolás disponiéndose á acompañarlos: mucho siento que mi ternura hácia vos haya sido la causa de esta tardanza, que tal vez cause inquietud á vuestra madre. ¿Pero qué quereis? Se trataba de vos, de vuestra felicidad, y me convertí sin saberlo en un disertador del siglo pasado. ¡Ea, vamos; os acompañaré hasta que avistemos la ciudad.

Carlota dió la mano á su hermana y emprendió el camino, procurando hablar á Nicolás con serenidad; pero su voz se alteraba á cada instante y temblaba al menor ruido de las hojas.

Al pasar por una encrucijada en que clareaban los árboles, Nicolás la detuvo y le mostró el castillo del conde, antigua fortaleza, que merced á los vapores del crepúsculo aparecía con proporciones colosales.

—Mirad! Carlota! Allí hay una morada desierta, porque no habita en ella el amor.

Carlota se apoyó maquinalmente en el brazo del anciano.

—Ah! ¿por qué nunca os habeis visto? ¿por qué nunca os habeis amado? prosiguió este con amargura.

—Por piedad, exclamó Carlota señalando las torres de la ciudad, que empezaban á vislumbrarse á lo lejos como altivas ahujas, dejadnos... ya estamos cerca.... ¿iréis? añadió volviéndose dulcemente hacia él.

—No sé.... sí.... tal vez.... pero yo también estoy preocupado.... ¡já fé que esto es singular! Adios; andad aprisa que yo os seguiré con la vista, y luego que háyais llegado tomaré este sendero que conduce á palacio. Adios.... decid á vuestra madre que irá muy pronto.

Estrechó la mano de Carlota, besó en la frente á Alberto, y se sentó al lado del camino real, en una eminencia que dominaba hasta las puertas de la ciudad: acababan de salir del bosque.

La luna que salía entonces, vino á iluminar con sus plateados rayos el oscuro ramaje de los árboles que adornaban las orillas del camino hacia la entrada de la ciudad.

II.

LA HORA TEMIDA.

"Del rosál vengo mi madre
Vengo del rosale.

A riberas de aquel río
Viera estar rosál florido
Vengo del rosale.

Viera estar rosál florido
Cojí rosas con suspiro.
Vengo del rosale madre,
Vengo del rosale."

Gil Vicente."

Tímida como una cervatilla, supersticiosa como los corazones que suenan un amor que no han sentido todavía, volaba Carlota asida de la mano de Alberto, temiendo y suspirando sin saber por qué. Perdido en la carrera su peine de brillantes, ni siquiera se había apercibido de ello, separando á cada instante la nube de bucles rubios que se le caían sobre la frente y que su mano se esforzaba en vano en contener.

Al fin aparecieron ya mas cerca los elevados edificios de su ciudad querida, que empezaban á iluminarse lentamente como otras tantas estrellas sobre un fondo oscuro.

La luna acababa de nublarse, como si hubiese brillado tan solo para ahuyentar su miedo.

Una vez ya al pie de la ciudad, Carlota acortó su carrera, caminando lentamente para calmar su respiración fatigada.

Mil pensamientos, ora tristes, ora placenteros, cruzaban por su mente; y no sabía si estaba todavía escuchando la teoría de las almas gemelas, que tanta impresión había hecho en su alma, cuando el recuerdo de Ricardo de Lenois, que acariciaba siempre con amor, la heló de espanto.

Pero ¿qué! ¿acaso no le amaba ya? Sí, nada había cambiado para ella ni para Ricardo, ¿por qué aquel infundado temor?

—Ah! no sabía Carlota que para el que ama con fé ciega la primera duda es la muerte! que su amor ciego y tranquilo como la fé, era solo una pasión infantil á la que los intereses de familia habían dado el nombre de amor, y que el amor verdadero, esa pasión colosal que llena el alma, le era desconocida todavía, con sus grandes emociones, con sus afanes, sus angustias y su felicidad, la mayor que Dios concedió al hombre en nuestro mundo de miserias.

Unas cuantas palabras pronunciadas por Nicolás habían sido suficientes para turbar la tranquilidad de aquella alma pura como las aguas de un lago del Nuevo-Mundo. En vano recordaba la fisonomía dulce y melancólica de Lenois, porque aquella hermosa miniatura le abrasaba el pecho como un volcán, y al recordar las apasionadas facciones del conde de Kiof y su interesante soledad, le parecía que recobraba nueva vida, y con ella la libertad de amar, con un amor ardiente y misterioso que no acertaba á definir.

Llegaron, por fin á la ciudad, y al atravesar la calle que guiaba á su palacio, vieron brillar millares de luces al través de los cortinajes de gasa que decoraban sus balcones.

Carlota se detuvo admirada, no pudiendo adivinar el motivo de aquella fiesta inesperada: su corazón parecía saltar del pecho. Alberto se hacía todo ojos para contemplar los juegos de la luz que reflejaban numerosos espejos. Todas las ventanas estaban abiertas.

La puerta principal estaba completamente abierta, el patio iluminado también. Sus dos doncellas le aguardaban al pie de la escalera principal.

—Subid, señorita, exclamaron á un tiempo, vuestra madre os aguarda con la mayor inquietud: ¡Qué susto le habeis dado!... pero gracias á Dios nada os ha sucedido... Subid, subid á tranquilizarla.

Subieron en efecto: Mma. Cronstad cubierta de seda y pedrería, se adelantó hacia ellos con el rostro radiante de gozo.

—Mamá! mamá! gritó Alberto arrojándose en sus brazos; es Nicolás quien nos ha detenido.... y vendrá pronto á nuestra casa.

—¡Hijos míos! respondió Doña Margarita con efusión, qué impaciente estaba por abrazaros!

—Mamá! mamá! exclamaron á un tiempo Alberto y Carlota ¿cual es la causa de esta iluminación?

—Venid, venid hijos míos al salón y os lo diré.

Dirigiéronse todos hacia el salón principal, y sentándose doña Margarita en un elegante sofá, colocó á Alberto á su lado, indicó á Carlota que tomase asiento, y habló así:

—Ya sabes, hija mía, que un hijo dócil y una madre tierna y amante, son los dos bienes mas apreciables que el cielo puede concedernos: yo he tenido la fortuna de hallar en tí una hija de las que hacen la ventura de sus padres, y por mi parte hice también cuanto me ha sido posible porque hallases en mí una amiga sincera mas bien que una madre.

Carlota se inclinó con respeto.

Madama Cronstad continuó.

—Respetando siempre tu carácter, te he dispensado de asistir á mi salon, donde quisiera verte siempre á mi lado, y donde solo apareces alguna vez como una hermosa estrella; y en fin, procurando tu felicidad, despues que la muerte de mi amado esposo me colocó á la cabeza de la familia, he arreglado tu matrimonio con el jóven Lenois, cuya conducta moral acredita la nobleza de sus sentimientos. Este amable jóven, que debe hacer tu felicidad, ha llegado esta tarde adornado con todas las gracias que pueden hermoear una persona bien nacida.

Su primer cuidado fué buscarte, y cuando supo que habíais ido á pasearos al bosque se despidió estrechándome la mano y diciendo con una dulce sonrisa: «Adios mamá, habeis hecho bien en colocar siempre á vuestro Alberto al lado de Carlota; es como un perrito faldero que se coloca sobre el vestido de su jóven ama para impedir que nadie se le acerque. Adios, hasta luego.»

Ricardo está algo pálido, y por lo mismo mas interesante; cuando se acuerda de tí, *de la Rosa del Norte*, como dicen nuestros paisanos, brilla en su rostro la felicidad.

¿Podré yo ahora exigir, Carlota mia, que te presentes esta noche en nuestra sociedad? Cuando vas á separarte de mí, cuando debes presentarte en el gran mundo, no tendré yo el placer de hacerte aparecer en él con todos tus atractivos?

Carlota bajó los ojos y calló.

—Señora, la interrumpió Teodoro con fatuidad entrando en el salon, Carlota es bastante hermosa para ofuscar á todas las bellezas rusas, rin recurrir á esos encantos ficticios de tocador, que solo se han inventado para las feas.

Carlota irritada con los diversos pensamientos que cruzaban por su mente, hecha un fuego levantó los ojos, y arrojando sobre Teodoro una mirada despreciativa, exclamó con indignacion:

—Calla, calla! tus necedades me hacen mal.... ¡Mamá, voy ahora mismo al tocador!... ven Paulina, ven pronto; y abriendo con despecho la puerta del salon desapareció con la rapidez del rayo.

(Se continuará.)

NOTA.—En atencion al exceso de objetos que acompañamos al presente número y á un figurin de máscaras que habremos de repartir cuando llegue de París, los números semanales del presente mes, serán de medio pliego.

SUMARIO.—*La mujer, estudios morales, por la Sra. Doña María del Pilar Sinués de Marco, segunda serie.*—*Las siete virtudes capitales, por Doña Robustiana Armiño de Cuesta.*—*Amor de un poeta.*—*El Romancero de Hernan Cortés, por D. Antonio Hur-*

tado.—*Las Siracusanas, por D. Genaro Alenda.*—*Revista de Madrid.*—*A la querida memoria de D. Félix de Uzuriaga, por D. Eladio Mina.*—*Música celestial, por Aben-Kadil Almanzor.*—*La esperanza, por D. Luis del Barco.*—*La villa y corte, por D. Maximino Carrillo de Albornoz.*—*Sección de economía doméstica y arte de cocina.*—*Proyecto de construccion de un teatro, por D. Francisco Flores Arenas.*—*Teatro mecánico de los Países-Bajos, por D. Francisco Flores Arenas.*—*Modas de París, por M. D.*—*Esplicacion de la hoja de patrones y bordados.*—*Las almas gemelas, novela original por Doña Robustiana Armiño de Cuesta.*—*Geroglífico.*

LAMINAS.—*Figurin para vestidos de señoras.*—*Id. para id. de niños.*—*Hoja doble de patrones y bordados.*—*Id. de tapicería en colores.*—*Id. de música.*

Solucion del geroglífico anterior.

Arco siempre armado ó flojo ó quebrado.

EDITOR RESPONSABLE:

DON LÁZARO ESTRUCH Y FERNANDEZ.

CADIZ: 1859.—Imprenta de la Revista Médica á cargo de D. Juan Bautista de Gaona, plaza de la Constitucion, núm. 11.

